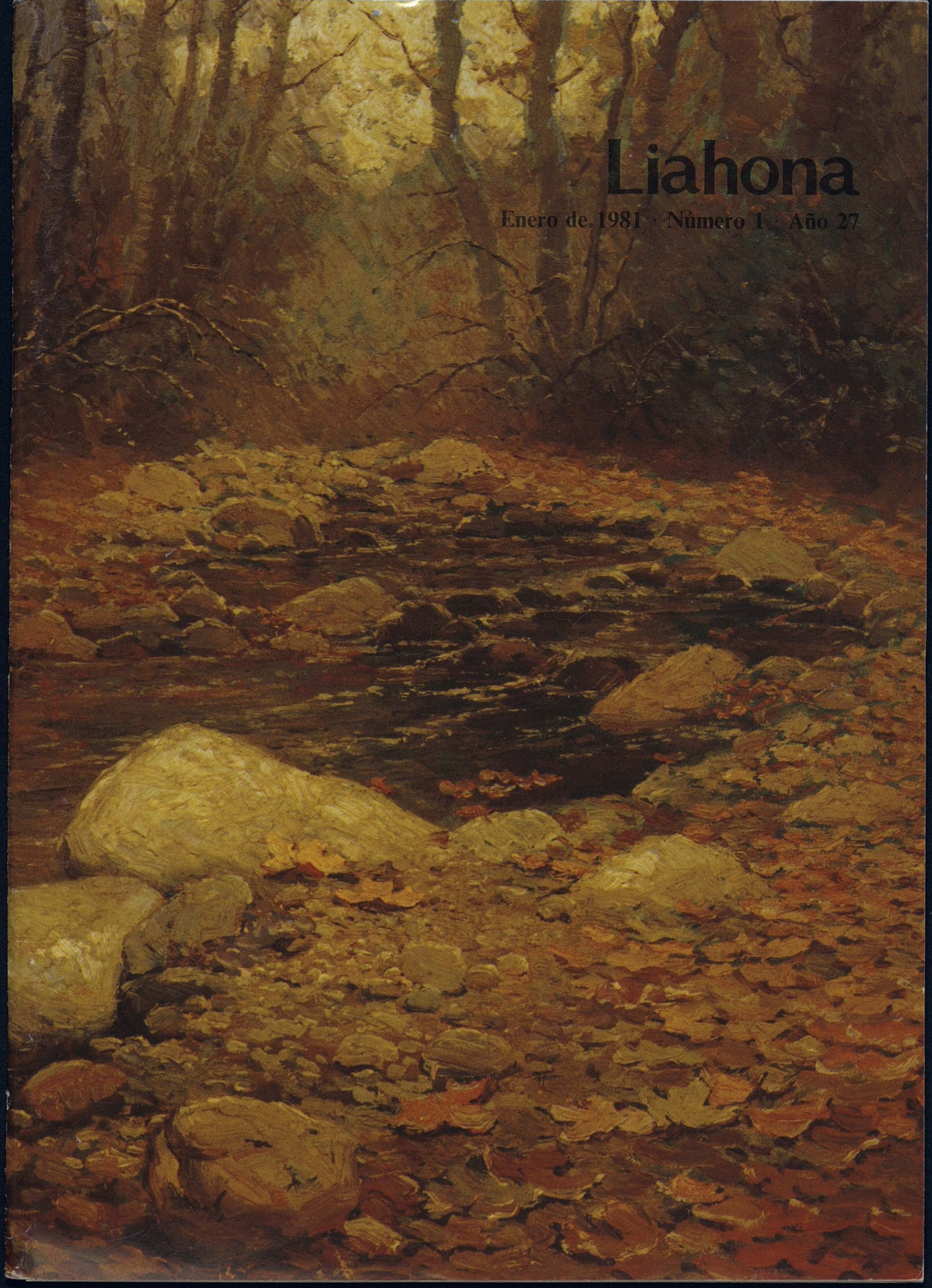


Liahona

Enero de 1981 · Número 1 · Año 27

GM
M205.5
L696sSP
v.27
1981

Liahona

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Enero de 1981
Número 1
Año 27

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney.

Consejo de los Doce: Ezra Taft Benson, Mark E. Petersen, LeGrand Richards, Howard W. Hunter, Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson, Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, Bruce R. McConkie, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust.

Comité Asesor: M. Russell Ballard, Jr., Rex D. Pinegar, Charles Didier, George P. Lee, F. Enzio Busche.

Revistas Internacionales: Larry Hiller, Editor; Carol Moses, Ayudante; Heidi Holfeltz, Sección niños.

Editora responsable de Liahona: Raquel R. V. Tokarz. **Para España:** Betty Ventura.

Corresponsales: Misión de Madrid: San Telmo 26, Madrid 16;
Misión de Sevilla, Virgen de Regla 6, 1º, Iz., Sevilla 6;
para la Misión de Barcelona, Betty Ventura, Mariano Cubí 5, 1º, 1ª, Barcelona 6.

Indice

El diezmo, *Marion G. Romney* 1
Preguntas y respuestas 5
Eliminemos la contención, *A. LaVar Thornock* 8
El campo misional de Jacob Spori, *Denton Y. Brewerton* 11
Experiencias misionales de Mischa Markow, *William Hale Kahr* 15
El legado de mi abuelo, *Kathleen Lubeck* 21
La misión: tiempo ganado, *Rosemary Peck* 22
Aun los payasos lloran, *Anya C. Bateman* 29

Seccion para los niños

Hormiguero de vidrio 1
Yahora ¿qué camino debo tomar? *Rex C. Reeve* 2
El cambio, *Claudia Remington* 4
Para tu diversión 8

Para subscribirse: Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid. El precio de la subscripción es de 456 pesetas anuales o 38 pesetas cada mes.

© 1981 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved.

La Oficina Regional de la Peninsula Ibérica,
Calle Doctor Esquerdo 97, Madrid - 27.

Printed in the Federal Republic of Germany

PBMA 0540 SP

EL DIEZMO

por el presidente Marion G. Romney
Segundo Consejero en la Primera Presidencia

Mi sincero consejo para todos aquellos que reciban este mensaje es: *Pagad vuestros diezmos y seréis bendecidos*. El diezmo no es una ofrenda que queda librada a nuestra buena voluntad, sino que es una deuda por cuyo pago recibimos grandes bendiciones.

En la sección 104 de Doctrina y Convenios el Señor establece algunas de las razones por las que debemos pagar el diezmo.

"Porque conviene que yo, el Señor, haga a todo hombre responsable, como mayordomo de las bendiciones terrenales que he dispuesto y preparado para mis criaturas.

Yo, el Señor, extendí los cielos y formé la tierra, hechura de mis propias manos; y todas las cosas que en ellos hay son mías.

Y es mi propósito abastecer a mis santos, porque todas las cosas son mías.

Pero debe hacerse según mi propia manera; y he aquí, ésta es la manera en que yo, el Señor, he decretado abastecer a mis santos, que los pobres serán exaltados, por cuanto los ricos se humillan.

Porque la tierra está llena, y hay suficiente y de sobra; sí, yo preparé todas las cosas, y he concedido a los hijos de los hombres que sean sus propios agentes.

De manera que, si alguno toma de la abundancia que he creado, y no reparte su porción a los pobres y menesterosos, conforme a la ley de mi evangelio, en el infierno alzará los ojos con los malvados, estando en tormento." (D. y C. (104:13-18.)

Cuando realmente comencé a comprender el verdadero significado de esta declaración, me resolví a pagar el diezmo fielmente.

La ley del diezmo

Cuando se dio la declaración que aparece en la sección 104 de Doctrina y Convenios, los santos estaban bajo el mandato de compartir sus alimentos con los pobres y los necesitados; esto no era un diezmo, sino una forma de cumplir con la ley de consagración.

Cuatro años más tarde, en 1838, el Señor dio la ley del diezmo. En esa época la Iglesia estaba pasando por grandes dificultades económicas de-

bido a que no tenía entradas de dinero, y fue bajo esas circunstancias que el profeta José Smith recibió una respuesta a su súplica: "Oh Señor, indica a tus siervos cuánto requieres de las propiedades de tu pueblo como diezmo" (D. y C. 119:encabezamiento).

A esto el Señor le contestó:

"De cierto, así dice el Señor, requiero que todos sus bienes sobrantes se pongan en manos del obispo de mi iglesia en Sión,

para la construcción de mi casa, para poner el fundamento de Sión, para el sacerdocio y para las deudas de la Presidencia de mi iglesia.

Y esto será el principio del diezmo de mi pueblo.

Y después de esto, todos aquellos que hayan entregado este diezmo pagarán la décima parte de todo su interés anualmente; y ésta les será por ley fija perpetuamente, para mi santo sacerdocio, dice el Señor." (D. y C. 119:1-4.)

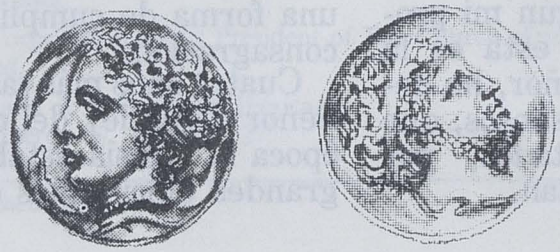
Una obligación legal con el Señor

De acuerdo con esa escritura, es evidente que el diezmo es una deuda que cada uno tiene con el Señor, como retribución por hacer uso de lo que El ha puesto en la tierra y dado al hombre para su usufructo. El Señor, a quien debemos el diezmo, es el acreedor que tiene prioridad; si no tenemos dinero suficiente para pagar a todos nuestros acreedores, a El debemos pagarle primero que a nadie. Es posible que este concepto os sorprenda, pero es verdadero. No debemos preocuparnos por los otros acreedores, porque el Señor siempre bendice a la persona que tiene la suficiente fe para pagar su diezmo y le da la habilidad necesaria para poder cumplir con sus responsabilidades económicas.

Yo considero el pago del diezmo como una segura inversión financiera. El Señor ha dicho a aquellos que lo pagan:

". . . abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.

Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá



Hormiguero de vidrio

El observar la actividad que tiene lugar en un hormiguero puede transformarse en una actividad fascinante. Tú puedes fabricar tu propio hormiguero y ver cómo las hormigas construyen laberintos y recámaras en la tierra; podrás también observar cómo obtienen su comida. Siempre resulta sorprendente ver los pesados trozos de alimentos que una sola hormiga puede cargar. ¿Sabes que hay hormigas reinas (aunque no hay reyes entre ellas), hormigas soldados, hormigas obreras, y que las hembras son las que hacen todo el trabajo? Muchas son las cosas que puedes aprender sobre las hormigas si las miras dentro de un hormiguero de vidrio.

Para fabricar un hormiguero de vidrio necesitas: Dos recipientes de vidrio transparente (uno de ellos un poco más grande que el otro); el más grande debe contar con una tapa de plástico. Necesitarás también tierra suelta o arenosa, azúcar y agua.

Coloca el recipiente más pequeño boca abajo en el centro del recipiente más grande y llena por completo el espacio entre los dos recipientes con la tierra. Ten cuidado de no apretar demasiado la tierra, pues si lo haces, las hormigas tendrán dificultad para cavar.

Para encontrar algunas hormigas, busca en algún cantero de flores o plantas, o simplemente en algún lugar donde haya tierra y algo de vegetación. Puedes fabricar una trampa para cazarlas mezclando un poco de agua con azúcar en un pequeño recipiente al que luego colocarás cerca del hormiguero. Una vez que tengas adentro de la trampa unas veinte hormigas, cubre el recipiente con una tapa de plástico, luego de lo cual pasarás las hormigas al recipiente que hayas preparado con tierra y también lo cubrirás con una tapa de plástico. Es importante que todas las hormigas sean del mismo hormiguero, de lo contrario, es posible que comiencen a pelear y se maten unas a otras. Cuando quites la tapa para dar de comer a las hormigas, entrará suficiente cantidad de aire para que puedan respirar.

Otra cosa que hay que tener en cuenta es que no debes colocar demasiadas en un solo recipiente; cuantas menos hormigas tengas, más será la actividad que desarrollarán. Al cabo de un día o dos, las hormigas comenzarán a cavar túneles y a construir recámaras. Una vez a la semana aliméntalas con unas pocas gotas de agua con azúcar y tal vez con unas cuantas semillas pequeñas, como las de comida para pájaros, etc. Coloca la comida directamente en la tierra, pero procura no darles demasiado o es posible que se mueran. Mantén el hormiguero de vidrio en un lugar donde la temperatura sea la normal de una habitación, lejos de radiadores de calefacción, de salidas de aire frío y donde no haya luz directa del sol. Si no molestas a las inquilinas del hormiguero, en poco tiempo verás cómo llegan a construir una ciudad subterránea con todos los detalles.

Y ahora, ¿qué c

Los últimos resplandores del sol se escondían ya detrás del horizonte al mismo tiempo que la obscuridad de la noche se apoderaba de la inmensidad del desierto. Mi padre y yo estábamos terminando nuestra cena y haciendo planes para la noche y el día siguiente.

Mi padre era un hombre alto y fornido, mas poseía un corazón tierno. Se sentía feliz de hacer un viaje con su hijo mayor. Ibamos a llevar 500 ovejas recién compradas hacia su nueva ubicación, al otro lado del desierto, y teníamos que recorrer 135 kilómetros. En esa región había poca agua, los días eran calurosos en extremo y las noches frías. Habíamos hecho planes de viajar con las ovejas durante las horas frescas de la noche, permitiéndoles descansar durante el calor del día. Confiábamos en que mediante este sistema los animales podrían pasar sin agua durante tres días. Al llegar al destino estaría aguardando un vagón cargado con barriles de agua para aplacar su sed. El agua que nosotros teníamos para beber la llevábamos en la parte trasera de nuestro viejo automóvil, en un recipiente de metal con capacidad para diecinueve litros.

En su bondad y consideración mi padre me dijo esa noche:

—Esta noche yo me encargo de arrear las ovejas; tú duerme. Cuando te despiertes por la mañana, toma el desayuno, junta el equipo de campamento, guárdalo en el automóvil y sigue la senda hasta alcanzarnos.

Todo salió como lo habíamos planeado. Papá condujo a las ovejas por aquella zona desolada en medio de la obscuridad de la noche. Cuando desperté en la mañana, me desayuné rápidamente y cargué las cosas en el vehículo. Tras haber emprendido mi viaje, me di cuenta de que se me hacía difícil seguir las huellas borrosas sobre la arena del desierto. No había señales de papá ni de las ovejas, y me era casi imposible seguir el rastro, particularmente en las partes donde

por el élder Rex C. Reeve
del Primer Quórum de los Setenta

¿camino debo tomar?

el terreno era rocoso. Pese a ello, todo fue bastante bien durante los primeros kilómetros hasta un lugar donde había una bifurcación del camino. ¡Cuánto deseaba que mi padre estuviera allí para indicarme cuál de los dos debía tomar! Finalmente, me decidí por el mejor de los dos que se abría hacia la derecha. Transité el sendero sin novedad unos cuantos kilómetros hasta que llegué a un lugar donde había un profundo cauce seco; allí el camino desaparecía por completo.

Sin un mapa, ni carteles indicadores que me ayudaran, mi corazón aceleró su ritmo presa del temor. *¡Estoy perdido!* pensé. *¿Qué hago ahora?* Entonces recordé las palabras de mi líder Scout: "Si se pierden, deténganse y aguarden. Después den algún tipo de señal".

Tomé la vieja escopeta del automóvil y disparé tres veces al aire, rogando al Señor que mi padre escuchara los disparos; por espacio de varios minutos aguardé, orando al mismo tiempo.

Tras de lo que me pareció un período de tiempo bastante prolongado, pude ver a mi padre en la distancia, corriendo en dirección hacia donde yo me encontraba y haciéndome señas con los brazos. No transcurrió mucho tiempo entre el momento en que nos reunimos y la llegada al destino con las ovejas, todos sanos y salvos. Cuán agradecido he estado siempre por tener un padre constantemente interesado en mí, quien me mostró en todo momento el camino correcto que debía seguir en la vida.

Muchos han sido los viajes que he hecho desde esa experiencia en el desierto, algunos de ellos plagados de circunstancias adversas y decisiones importantes que tomar. También estoy sumamente agradecido porque contamos con un Padre real y amoroso, un Padre Celestial a quien pedir ayuda cuando nos enfrentamos a dos caminos sin carteles ni indicaciones.

El cambio

por Claudia Remington

Pablo había cambiado su bicicleta por una coneja y por eso ese día iba caminando hacia su casa desde la Primaria, que distaba un kilómetro y medio, mientras sus hermanos menores, Iván y Gabriel, se habían ido adelante en bicicleta. En realidad, ellos no aprobaban el cambio que había hecho Pablo. Pero se trataba de una magnífica coneja de raza, y además muy nueva; y él sabía que podría cruzarla con el conejo de los Miranda y con el dinero de la venta de los conejitos comprarse otra bicicleta, una nueva. *Sé que fue un buen negocio,* iba pensando.

Al llegar a su casa abrió el portón de madera pintado de blanco y entró en el patio rodeando la casa al encaminarse hacia las jaulas de los conejos que estaban debajo de un gran sauce en el patio trasero. Mientras caminaba iba tratando de pensar en un nombre apropiado para su coneja, un nombre distinguido. De pronto se detuvo y le pareció que el corazón se le había detenido también: La puerta de la jaula estaba abierta y la coneja había desaparecido.

Pablo corrió hacia la casa y en su camino vio algo que inmediatamente le llamó la atención; recostada a la cerca estaba la bicicleta verde que le había dado a Rafael Díaz a cambio de la coneja; al acercarse y mirarla más detenidamente vio que parecía como si un auto la hubiera pisado. Dejando la bicicleta corrió hacia la casa.

Al entrar él a la sala, Gabriel e Iván se levantaron del sofá y en sus caras pudo ver que ellos ya sabían lo que había pasado.

—¿Qué pasó? —les preguntó.

—Rafael trajo otra vez la bicicleta y se llevó la coneja —dijo Iván.

—¡Eso ya lo veo! —exclamó Pablo enojado—. Pero si ustedes estaban acá, ¿por qué lo dejaron?

—Traté de impedirle que abriera la puerta de la jaula —dijo Iván— pero él me empujó contra los alambres.

Diciendo esto se levantó la camisa y le mostró a su hermano un rasponazo que tenía en el hombro.

—Nos dijo que la bicicleta no servía para nada y que se iba a llevar la coneja —agregó Gabriel—. Y también dijo que si tratabas de ir a buscarla, estaría esperándote con cuatro amigos para darte una paliza.

—Rafael dijo que tú le habías cambiado una bicicleta en mal estado por una coneja de raza —dijo Iván—. Vas a ir a pelear con él ¿verdad? Nosotros te ayudaremos, y tal vez hasta podamos conseguir a los chicos de los Canals para que nos ayuden también.

En ese momento el padre entró por la puerta del frente y observando las serias expresiones en las caras de sus hijos les preguntó:

—¿Qué pasa acá?

Pablo le explicó todo lo sucedido y luego agregó:

—La bicicleta era buena, papá, cuando yo se la cambié. Estoy seguro de que valía tanto como la coneja.

—¡O más! —intervino Iván.

—Tal vez la haya dejado en la calle y alguien la haya pisado con un auto —dijo Gabriel.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?—preguntó el padre, al tiempo que se sentaba en un sillón.

En ese momento la madre, que había estado oyendo desde la cocina, les previno:

—No quiero que se peleen con nadie.

—¿Qué crees que debo hacer, papá? —le preguntó Pablo.

—En una situación como ésta lo

mejor sería que te preguntaras qué habría hecho Jesús.

—¿También a El la gente le hacía jugadas sucias, papá?

—Sus enemigos siempre estaban tratando de confundirlo con sus palabras o hacerle decir algo que pudiera crearle problemas, y por lo cual pudieran condenarlo.

—Y El, ¿no los peleaba? —preguntó Gabriel.

—No con violencia; El combatía a sus enemigos con su sabiduría y siempre tenía para ellos la respuesta exacta—. Luego, mirándolo con bondad agregó—: A Rafael lo ordenarán diácono el mes que viene; generalmente, se porta bastante bien. Quizás puedas pensar en alguna forma de hacerle ver el error de lo que ha hecho. Ahora, vayamos a comer; tengo mucha hambre.

Después de la cena Pablo salió para echar una mirada a la jaula de los conejos. Todos los conejos eran blancos, de la raza más común; los criaban para comer y vendían los que les sobraban. *Después de tanto esperar, por fin conseguí uno de raza,* pensó, *y ahora lo he perdido.* Le parecía sentir entre los dedos el suave pelo, increíblemente espeso, y palpar el cuerpecito fuerte y robusto. *Rafael debe haberla cuidado muy bien. ¡Tanto que esperé por la coneja!*

De pronto le pareció encontrar una solución muy sencilla. Tendría que *comprar* la coneja. La mayor parte del dinero que ganaba con los conejos tenía que emplearlo en la ropa y otras cosas que necesitaba, pero había ahorrado unos cuantos pesos. *Después de todo* se dijo *es una inversión.*

Pablo pensó en Rafael y sus amigos, que lo estarían esperando cuando fuera a comprar la coneja; probablemente lo llamarían "gallina" y tonto por no querer pelear, y por comprar la coneja que ya había adquirido con un cambio; pero pensó que podría soportar todo aquello con tal de conseguir la coneja. Quizás sus hermanos también pensaran lo mismo de él, especialmente Iván, que siempre estaba dispuesto a pelear cuando se presentaba la oportunidad; se le ocurrió que su solución quizás no fuera muy inteligente o astuta, pero le parecía la correcta y se fue a la cama esa noche sintiéndose en paz con su conciencia.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Pablo explicó a su familia la decisión que había tomado y le preguntó a su papá si podría prestarle el resto del dinero.

—Creo que es una decisión muy sabia y valiente —dijo el padre, sonriendo.

Pablo se sintió mucho más satisfecho y contestó:

—Iré después de la escuela, así que llegaré un poco más tarde a casa.

En la escuela vio a Rafael desde lejos, pero no se le acercó a hablarle.

Después de la escuela, Pablo y sus hermanos se encaminaron en dirección a la casa de Rafael. Desde muy lejos pudieron ver que estaba reunido con algunos amigos. De vez en cuando el grupo se daba vuelta y los miraba acercarse nerviosamente. Una cuadra antes de llegar, Pablo les dijo a sus hermanos que se fueran y los observó mientras se alejaban en sus bicicletas. Los muchachos que iban adelante se dieron vuelta para mirar, y al verlo solo, lanzaron una risotada y corrieron hacia la casa de Rafael.

Al cruzar la entrada al jardín, vio que Rafael y sus cuatro amigos estaban parados junto a las jaulas de los conejos. Sin mirar a los otros, caminó directamente hacia donde estaba Rafael.

—He venido a comprar la coneja que me quitaste —le dijo.

Aquel miró a sus amigos con sorpresa.

—¿Tienes otra bicicleta rota para cambiarme? —le dijo; miró a sus amigos y todos se rieron.

—No, tengo todo el dinero, quince pesos; creo que ése es un precio razonable.

Mientras le hablaba, Pablo miraba al otro niño directamente en los ojos. Esta vez Rafael no vio, sino que mirando al suelo empezó a escarbar la tierra con uno de los zapatos.

—¿Estás de acuerdo? —le insistió Pablo.

—Bueno . . . sí . . . me supongo —le contestó finalmente el otro.

Pablo le dio el dinero, y él lo tomó sin mirarlo a los ojos; sus amigos empezaron a retirarse silenciosamente.

—¡Qué tonto es! —murmuró uno.

Pablo se acercó a una de las jaulas, la abrió y sacó de ella la coneja, que se metió debajo de la camisa; el animalito se acomodó contra su pecho, y el niño se sintió feliz otra vez. Nada de lo que pudieran decir los demás podría molestarle. En ese momento los otros empezaron a burlarse.

—Se ve que tenía miedo de pelear.

—Siempre fue un "gallina"; y los dos hermanitos que tiene también lo son.

—De todos modos, su padre debe de haberle dado el dinero; así que no tenía porqué pelear.

A pesar de las bromas, las risas parecían forzadas; Rafael no dijo nada y tampoco se rió. Pablo salió del jardín y empezó a caminar hacia su casa, sintiéndose calmo y feliz, llevando la coneja firmemente apretada contra su pecho.

Cuando se encontraba a mitad de camino, oyó los pasos de alguien que corría detrás de él; se dio vuelta y vio venir a Rafael por el camino. Se detuvo y esperó, y cuando el otro niño llegó hasta donde él estaba, reanudaron la marcha ambos, caminando silenciosamente. Por fin, Rafael habló:

—¿Por qué no peleaste por la coneja? Tus hermanos podrían haberte ayudado, y estoy seguro de que otros muchachos también.

Pablo le sonrió.

—Es que he peleado, Rafael; y gané. Me conseguí esta hermosa coneja —dijo, dando golpecitos suaves sobre el bulto que estaba debajo de su camisa—. ¿Qué conseguiste tú a cambio?

Los dos chicos caminaron en silencio durante unos minutos; de pronto Rafael metió la mano en el bolsillo, sacó el dinero y se lo entregó a Pablo.

—Creo que yo no conseguí nada. Acá tienes el dinero —dijo, entregándole un rollito que Pablo metió en el bolsillo de su pantalón; luego explicó: —Mi papá pasó por encima de la bicicleta con el camión de carga.

—Me imaginé que algo así había pasado; es una lástima.

—Si . . . bueno así es como pasa algunas veces.

—La coneja es preciosa Rafael; debes haberla cuidado muy bien. Me gustaría comprarte más conejos cuando pueda.

—Seguro —dijo el otro sonriendo—en cualquier momento que veas alguno que te guste. Bueno, mejor me voy a casa; mamá debe de tener la comida pronta —dijo, dándole una palmadita en la espalda a Pablo; luego se dio vuelta y se encaminó hacia su casa.

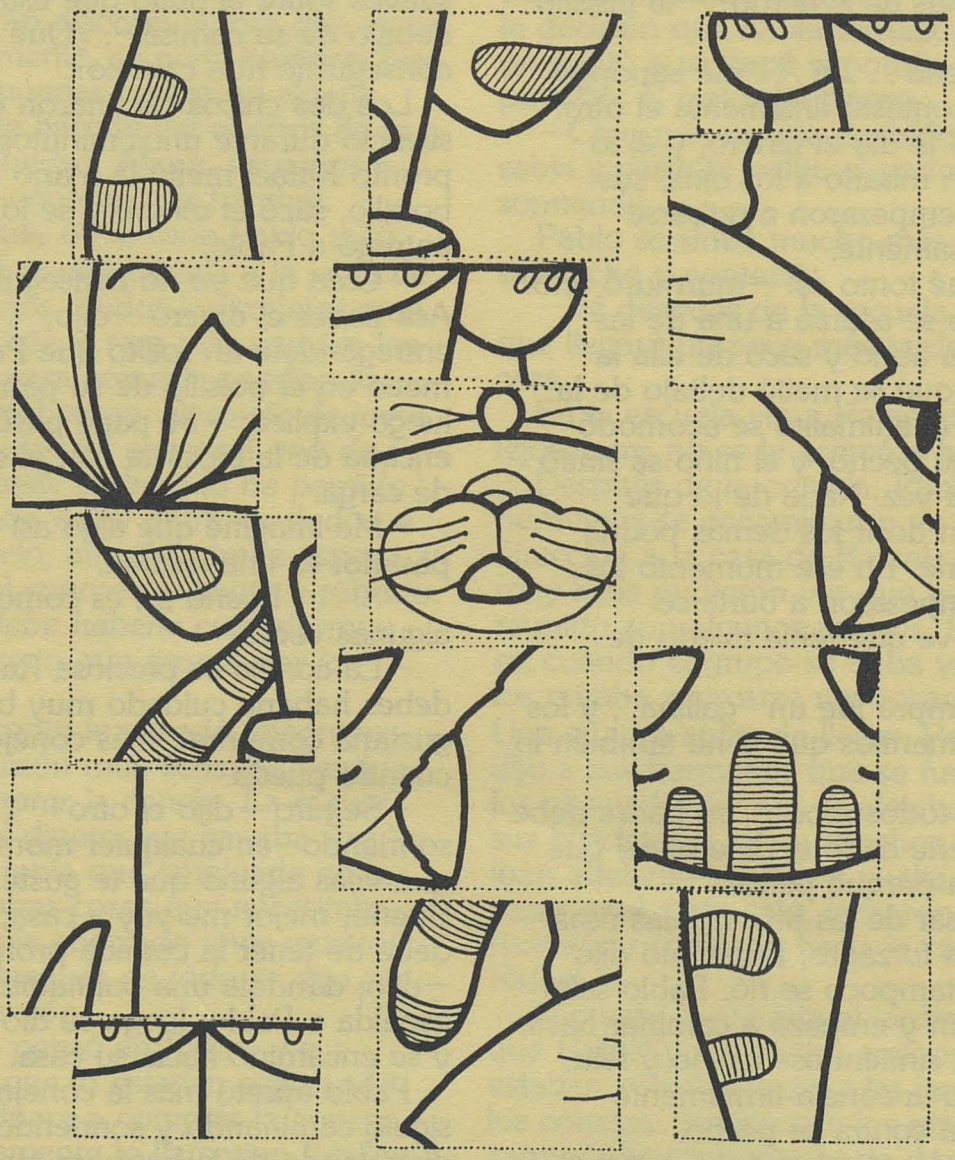
Pablo apretó más la coneja y siguió caminando y sonriendo, disfrutando de la hermosa tarde otoñal.

Para tu diversión

¿Dónde está el gatito?

por Roberta L. Fairall

Pega esta página en un trozo de cartón liviano, luego corta por las líneas de puntos y tendrás un rompecabezas con el cual podrás armar un gatito.



el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová . . .

Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos." (Malaquías 3:10-12.)

La promesa de una recompensa material es universal; se hace evidente por el hecho de que el Salvador resucitado enseñó este principio a los nefitas y se verificó cuando más adelante los instruyó a que lo escribieran en sus registros, para que llegara a nosotros por medio del Libro de Mormón (véase 3 Nefi 24:10-12).

Protección contra el día ardiente

El pago del diezmo es también como un seguro contra incendio. Por medio de sus profetas, el Señor nos ha hecho saber que cuando El venga por segunda vez, habrá una gran conflagración. Malaquías hace referencia a ello en conexión con el pago del diezmo y las ofrendas.

"Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.

Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada." (Malaquías 4:1-2.)

Jesús citó esta profecía a los nefitas, tal como aparece en 3 Nefi 25:1-2, y, con una pequeña variación, también Moroni la mencionó a José Smith.

En una revelación dada en septiembre de 1831, el Señor hace referencia al día ardiente que acompañará a su segunda venida:

"He aquí, el tiempo presente es llamado hoy hasta la venida del Hijo del Hombre; y en verdad, es un día de sacrificio y de requerir el diezmo de mi pueblo, porque el que es diezmado no será quemado en su venida.

Porque después de hoy viene la quema . . . de cierto os digo, mañana todos los soberbios y los que hacen maldad serán como rastrojo; y yo los quemaré, porque soy el Señor de las Huestes y no perdonaré a ninguno que se quede en Babilonia.

Por lo tanto, si creéis en mí, trabajaréis mientras dure lo que es

llamado hoy." (D. y C. 64:23-25.)

Esto es así, y si lo creéis, pagaréis vuestro diezmo.

Yo sé por mi propia experiencia, y testifico acerca de ello, de que por medio del pago honesto del diezmo, se recibe paz, consuelo y seguridad. Si en alguna oportunidad no estáis seguros de lo que debéis, pagad un poquito más. Es mejor pagar más de lo necesario que no pagar lo suficiente.

Una bendición

Es mi deseo que el Señor os bendiga. Continuad siendo fieles en el pago de vuestro diezmo y no dejéis de cumplir con este mandamiento. No estamos aquí para vivir esta vida, sino que estamos preparándonos para la *vida eterna*. Cuando lleguéis al ocaso de vuestra vida y ya no necesitéis de las cosas de este mundo, será para vosotros algo maravilloso tener antecedentes en los que podáis respaldaros a fin de estar en la presencia de vuestro Padre Celestial, conjuntamente con las personas dignas de todas las épocas. Podréis ganar esta bendición observando fielmente día a día y año con año la ley del diezmo, así como los otros requisitos del Evangelio de Jesucristo.

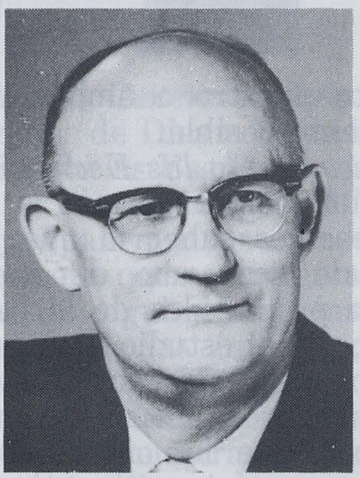
Os doy mi bendición y oro a Dios, nuestro Padre Celestial, para que nos dé a todos la capacidad de vivir de manera tal que podamos cumplir el propósito de esta vida y regresar a su presencia.

Si anteponéis los placeres a Dios; si rebajáis vuestras normas para ponerlas de acuerdo con las demandas populares del mundo, preguntaos si esto complace a Cristo. Preguntaos si tal retrogradación os acercará más al propósito de la vida, que es el de llegar a ser iguales al Salvador.

Elder Mark E. Petersen

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Estas respuestas se dan como ayuda y orientación para los miembros, y no como pronunciamiento de doctrina de la Iglesia.



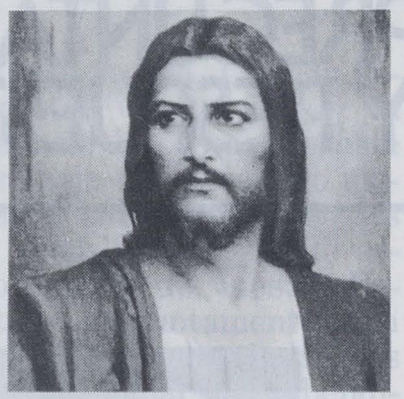
Roy W. Doxey, Director de revisión en el Departamento de Correlación de la Iglesia.

Cuando oramos, nos dirigimos a nuestro Padre, y nuestras oraciones son contestadas por medio del Espíritu Santo; entonces, ¿qué podemos hacer para acercarnos más al Salvador?

Es cierto que el Salvador nos mandó que orásemos al Padre Eterno, el padre de nuestros espíritus, en el nombre de Jesucristo, aunque el Señor permitió que los nefitas oraran a Él, tal vez porque se encontraba entre ellos (véase 3 Nefi 19:17-30).

También es cierto que nos ha mandado que nos acerquemos más a El, que lo busquemos diligentemente hasta encontrarlo (véase D. y C. 88:63-64). El expió por nuestros pecados y es uno de los miembros de la Trinidad, y como tal tiene un significado muy especial para cada uno de nosotros. Desde la expulsión de nuestros primeros padres del Edén, todas las revelaciones nos han llegado por medio de Jesucristo. Por ejemplo, muchas de las que se encuentran en el libro Doctrina y Convenios comienzan con la siguiente admonición: "Escucha y oye la voz de aquel que existe de eternidad en eternidad, el Gran YO SOY, sí, Jesucristo" (D. y C. 39:1). El nombre "Yo Soy", por el cual fue conocido Jesucristo en el Israel antiguo (Exodo 3:14), indica claramente que el Salvador era también el Dios del Antiguo Testamento; y en las Escrituras modernas se le conoce también como Jehová (D. y C. 110:3), nombre por el cual era conocido en los tiempos antiguos.

Sin el sacrificio expiatorio de Cristo nuestros espíritus habrían llegado a estar sujetos al diablo, siendo nosotros como él, separados de la presencia de Dios, y viviendo una vida



llena de miseria (véase 2 Nefi 9:8-9). Puesto que todas las cosas se hacen por medio de Cristo, ¿en qué manera podemos acercarnos más a El?

1. *Siguiendo su ejemplo.* El nos ha mandado que seamos perfectos como El y el Padre son perfectos (véase 3 Nefi 12:48). La perfección es la meta de todo Santo de los Ultimos Días; por lo tanto, en nuestros esfuerzos diarios por perfeccionarnos obedeciendo los mandamientos, nos acercamos más a El. El Señor es bueno para con sus hijos, revelándoles que si se esfuerzan por obedecer sus mandatos, El los bendecirá (véase D. y C. 46:9).

2. *Orando al Padre Eterno en el nombre de Jesucristo.* Sin la oración sincera, las oportunidades de obtener las metas que nos fijamos al vivir el evangelio serían imposibles de lograr. Sabiendo esto, Satanás trata de persuadir a las personas para que no oren (véase 2 Nefi 32:8), pues sin la oración las oportunidades de entrar en la tentación son seguras y dan como resultado la pérdida de la recompensa (D. y C. 61:39). Se nos promete que si oramos siempre, "saldremos triunfantes" (D. y C. 10:5). Aunque oramos al Padre, podemos sentir que estamos tanto en su presencia como en la del Hijo, ya que se nos manda orar en el nombre de Jesús (véase 3 Nefi 18:19; 20:31). Al ser los dos miembros de la Trinidad, este acercamiento nuestro a ambos es evidentemente posible.

3. *Estudiando las Escrituras.* Si deseamos acercarnos más al Salvador, debemos saber lo que El requiere de cada uno de nosotros. Nuestra propia idea de lo bueno y lo malo, sin el estudio de las Escrituras, puede desviarnos de la senda que conduce a la salvación. Por ejemplo, si se ha ofendido a una persona, ¿es ésta quien tiene que buscar la reconciliación? A menudo la naturaleza humana sugiere que la persona ofendida debe esperar hasta que el ofensor dé el primer paso hacia la reconciliación; sin embargo, de acuerdo con el Señor, no es así (véase Mateo 5:23-24).

La experiencia nos ha enseñado que, por lo general, aquel que posee más conocimiento de las Escrituras es el más fiel.

4. *Buscando la influencia del Espíritu Santo.* Cada Santo de los Ultimos Días tiene el derecho de recibir la inspiración constante del Espíritu y debe procurar esa bendición. El Espíritu Santo testifica del Padre y el Hijo y nos aclara muchas cosas acerca de ellos. ¿Hemos sentido alguna vez la influencia edificante del Espíritu después de haber orado y haber sentido que recibiríamos una respuesta? Muchas veces nuestra proximidad al Salvador se nos manifiesta por medio del Espíritu Santo.

5. *Siguiendo los consejos de las*

Autoridades Generales. Los siervos autorizados de Dios reciben la interpretación de las Escrituras, las soluciones a los problemas del diario vivir y reafirman las enseñanzas del evangelio que conducen a la perfección. Si seguimos las inspiradas enseñanzas de las Autoridades Generales de la Iglesia, seremos guiados a una relación más íntima con el "autor de nuestra salvación" y, por lo tanto, llegaremos a nuestra meta más importante: la exaltación junto a El. Cuando somos discípulos de Jesucristo, existe una relación que nos hace estar más cerca de El. Sin embargo, si rechazamos o si desconocemos el consejo de las Autoridades Generales, perderemos hasta cierto punto parte del Espíritu del Señor. De hecho, el rechazo de sus consejos trae aparejada la apostasía y la pérdida del Espíritu Santo; por otra parte, si nos esforzamos por obedecerlos, recibiremos la confirmación del Espíritu, lo cual nos brindará la paz y gozo. Estos sentimientos nos acercan más al Salvador y son las bendiciones que El ha prometido a todos aquellos que guardan sus mandamientos. Las Escrituras nos advierten que no podremos ser bendecidos a menos que obedezcamos su palabra, la que recibimos a través de sus siervos. (Véase D. y C. 124:45-46.)

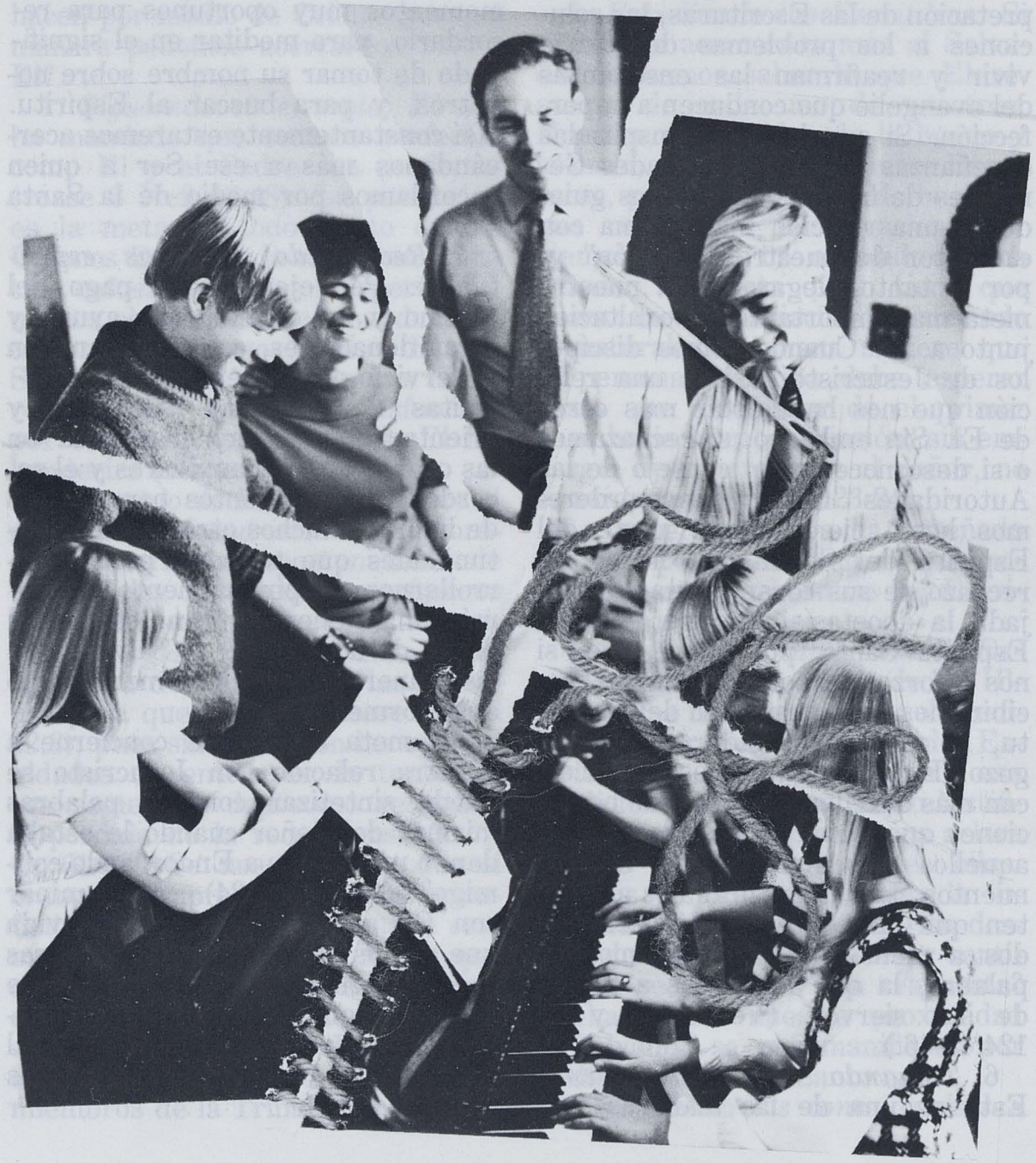
6. *Tomando la Santa Cena*. Esta es una de las maneras más preciosas por la cual podemos tener una relación con el Salvador. Son momentos muy oportunos para recordarlo, para meditar en el significado de tomar su nombre sobre nosotros, y para buscar al Espíritu. Así constantemente estaremos acercándonos más a ese Ser a quien recordamos por medio de la Santa Cena.

7. *Realizando prácticas espirituales*. Por ejemplo, el pago del diezmo y las ofrendas de ayuno y otras donaciones, así como también el servicio en diferentes maneras – visitas de maestras visitantes y orientación familiar, enseñanza en las organizaciones auxiliares y el sacerdocio, llamamientos para cargos de líder, y muchos otros – son oportunidades que tenemos para desarrollarnos espiritualmente. Además, mantienen vivo en nosotros el deseo de acercarnos al Salvador en las maneras que hemos mencionado anteriormente.

La meta en lo que concierne a nuestra relación con Jesucristo se puede sintetizar con las palabras mismas del Señor cuando le estaba dando un consejo a Enoc: "anda conmigo" (Moisés 6:34). Al caminar con El, seguimos el curso de vida que se nos enseña en las Escrituras y en la Iglesia, y como el nombre "santo", significa que somos apartados para un llamamiento especial en la causa del Señor, apartados del mundo.

ELIMINEMOS LA CONTENCION

por A. LaVar Thornock



Satanás procura sembrar la contención en todas partes, incluyendo la Iglesia. Por lo general, la persona que tiene un espíritu de contención piensa primeramente en sí misma; y cuando nos dejamos vencer por esta tentación, nos alejamos más del Espíritu de Dios. El Señor declaró:

"Porque . . . aquel que tiene el espíritu de contención no es mío, sino es del diablo que es el padre de la contención, y él irrita los corazones de los hombres, para que contiendan con ira unos contra otros." (3 Nefi 11:29.)

En algunas ocasiones las contenciones se presentan porque no estamos de acuerdo con lo que alguno de nuestros líderes está tratando de llevar a cabo. Recuerdo a una pareja que estaba bastante molesta con su obispo y fue a hablar conmigo, que era presidente de la estaca. El obispo le había pedido al hijo de este matrimonio que fuera su asistente, pero le dijo que antes de presentarlo al quórum, iba a ser necesario que se cortara el pelo. El joven había llegado a la casa bastante molesto, pues hacía sólo unos días que lo había cortado y no creía que fuera necesario volver a hacerlo. Al presentarme sus quejas, los padres mencionaron cuanto más serio hubiera sido si él fumara o tomara bebidas alcohólicas. Sin embargo, el largo del pelo parecía algo tan intranscendente que no podían comprender por qué insistía el obispo en ello.

Después de escuchar lo que tenían que decir, les pregunté si ellos verdaderamente amaban a su hijo. Se sorprendieron ante mi pregunta, pero rápidamente me aseguraron que ésa era la razón principal por la cual se encontraban conmigo. Entonces les dije que si se tratara de mi hijo, me iría rápidamente a casa y le diría cuán agradecido estaba de que el obispo tuviera tanto amor y respeto por él, y que era un gran honor haber sido elegido para ser su asistente; que sin duda alguna, el obispo sabía que él tenía la capacidad para ser un buen director y, además, un buen ejemplo para todos los demás presbíteros en el barrio; le explicaría también la manera en que el Señor ama a un siervo obediente y que muchas veces la obediencia está basada en la fe. Además, les dije que debían apoyar al obispo ante los ojos de su hijo en todas las maneras posibles; si hacían lo contrario, no serían felices, pues el mensaje que estarían comunicando a su hijo con su actitud sería que el obispo no es llamado por Dios y que debemos seguir los consejos de nuestros líderes sólo cuando queremos. El peligro de esta situación es que le estarían enseñando que su opinión personal es ley y que se puede erigir en juez de todas las palabras y hechos de aquellos que han sido llamados para dirigirlo. Les hice comprender que llegaría un día en que la situación que se presentaría para probar a su hijo sería mucho más crítica que un

simple corte de pelo, y que la manera en que él y ellos enfrentaran esta pequeña prueba determinaría la forma en que él se comportaría cuando se le presentaran otras mayores.

Conforme conversábamos, el espíritu de contención desapareció. Por medio del Espíritu se nos da a conocer que la contención viene del diablo y que sólo puede traernos resultados destructivos.

Algunas veces en la Iglesia se crea la contención cuando somos insensibles a los sentimientos de los demás. Cuando era misionero, fui llamado para trabajar en la casa de la misión; tenía la responsabilidad de enseñar cada mañana una clase de teología a todos los misioneros que estaban allí. Una mañana, una misionera ya mayor de edad que hacía poco había llegado a la misión se unió a nuestra clase. Durante la discusión contradijo un concepto que yo había enseñado y hasta quiso discutirlo para defender su punto de vista; rápidamente me encargué de demostrarle que estaba equivocada. Después, el Espíritu del Señor me conmovió y noté la expresión de dolor que tenía en la cara; entonces una pregunta me pasó por la mente: ¿Qué derecho tenía yo de predicar el evangelio cuando había sido tan insensible y tenido tan poca consideración con una de mis hermanas?

Al finalizar la clase me apresuré a ir hasta la biblioteca de la misión, donde durante una hora y media busqué algún concepto que estuviera de acuerdo con el punto de vista de la hermana; por fin encontré una declaración que apoyaba su manera de pensar. Contento con lo que había encontrado, supe que tenía que enfrentar una de las situaciones más difíciles de mi vida: puesto que la había avergonzado enfrente de todos los compañeros, tenía el deber de arrepentirme y pedirle perdón enfrente de todos ellos.

Cuando íbamos a arrodillarnos para la oración antes de tomar el desayuno, le pedí al presidente de la misión si podía concederme unos minutos para decir algo; entonces me dirigí a aquella buena hermana, le pedí disculpas por lo que había pasado y leí en voz alta la declaración que había encontrado y que apoyaba su punto de vista; con una sonrisa ella me dio las gracias. Después, un gran sentimiento de amor me inundó; había aprendido una lección.

Si permitimos que el orgullo nos impida hacer lo que es correcto, estaremos perdiendo uno de los gozos más grandiosos en la vida.

Aquella mañana la oración pareció más pura, la vida más emocionante, y yo me encontraba extremadamente feliz. El arrepentimiento había substituido a la contención, y el resultado había sido la paz mental. Después del desayuno, la hermana me dio las gracias otra vez.

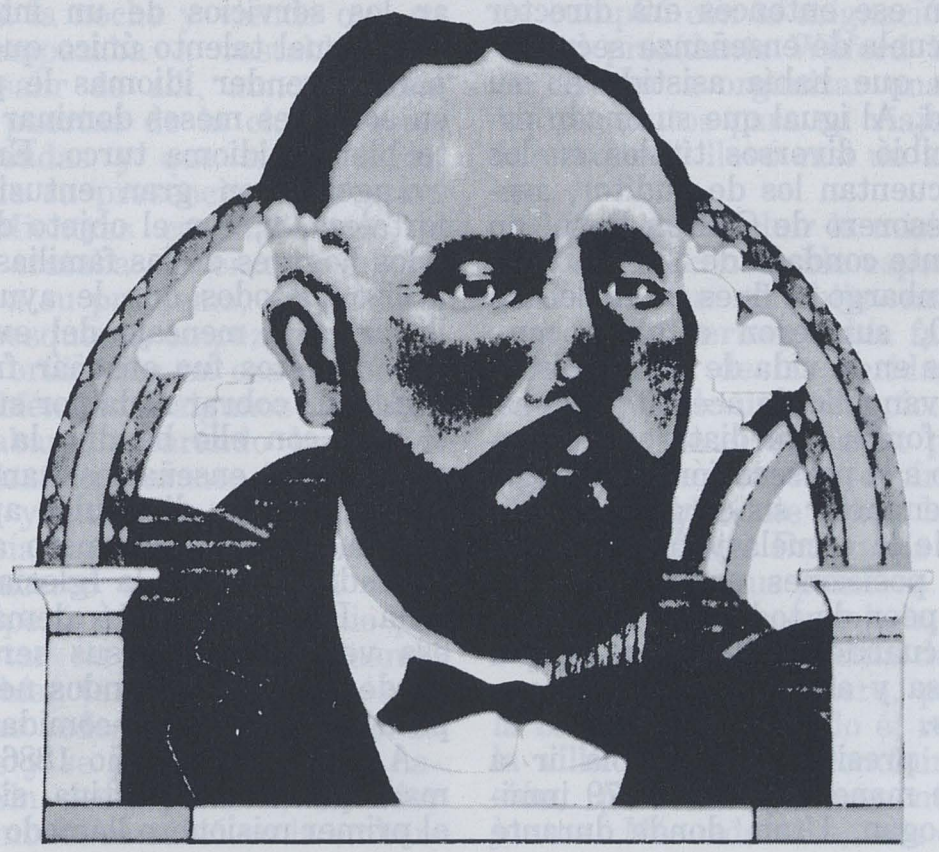
Estamos más cerca de Cristo cuando aprendemos a vencer la contención, pues ésta destruye los lazos familiares e impide el progreso de la Iglesia. Cuando aprendemos el evangelio, nos arrepentimos de nuestros errores y vivimos obedeciendo los consejos de nuestros profetas, podemos vencerla y regresar a la senda que nos lleva a Dios. Cuando, por medio de la expiación de Cristo y de nuestro autocontrol, nos elevemos por encima de nuestros instintos, estaremos capacitados para comenzar a vivir las leyes eternas y, por lo tanto, seremos acreedores de bendiciones eternas.

En 1847, año en que los pioneros entraron en el Valle del Lago Salado, en una villa solitaria de los Alpes suizos vino al mundo un niño a quien se le dio el nombre de Jacob Spori, quien llevaría una vida admirable coronada de logros obtenidos por su gran dedicación a la causa de Sión y de otros de carácter altruista en diferentes partes del mundo. Entre esos logros se cuentan el de haber aprendido solo a hablar turco mientras se encontraba en Estambul como misionero, el de haber mantenido económicamente casi sin ninguna otra ayuda el Colegio Universitario Ricks, cuando fue llamado para ser su primer administrador.

Jacob se crió en Suiza, en la provincia de Oberwill. Su padre era

EL CAMPO MISIONAL DE JACOB SPORI

por Denton Y. Brewerton



descendiente de una familia de protestantes franceses, de cuyo seno provenía toda una línea de profesores y maestros de escuela de quienes Jacob había adquirido su vocación. El amor que tenía por el estudio se manifestó muy claramente cuando a la edad de trece años empezó a asistir a la escuela secundaria, para graduarse en la universidad nueve años más tarde en matemáticas, arte y música. Con el tiempo aprendió a leer y a escribir en trece idiomas diferentes. Sus padres llevaban una vida cristiana ejemplar, y fue de ellos que aprendió el valor de la dignidad y del trabajo. Su carácter incansable fue una cualidad que poseyó durante toda su vida.

A la edad de 28 años se casó con Magdalena Roschi, una jovencita hermosa y educada que vivía en la misma villa.

El matrimonio fue una ocasión que llenó de gozo la vida de Jacob, quien en ese entonces era director de la escuela de enseñanza secundaria a la que había asistido en su juventud. Al igual que su finado padre, recibió diversos títulos en los que se cuentan los de auditor, asesor, y tesorero de Canton Bern, un importante condado de Suiza.

Sin embargo, a fines de la década de 1870, surgieron cambios muy drásticos en la vida de Jacob. Escuchó el evangelio, lo aceptó y fue así que en forma inmediata se vio enfrentado a la persecución. Lo obligaron a renunciar su cargo como director de la escuela y fue relevado de sus posiciones en el condado; pero la peor de todas sus tragedias ocurrió cuando el suegro le quitó a su esposa y a sus cuatro hijos pequeñitos.

Jacob presintió que debía ir a Sión, de manera que en 1879 inmigró a Logan, Utah, donde durante los cinco años siguientes vivió una vida solitaria, dedicado a diversas actividades y trabajos. Estudió inglés e historia de la Iglesia, trabajó en aserraderos y en las vías del ferrocarril. Durante todos esos años, su hermana, Anna Clara, que se encontraba en Suiza, le enviaba las cartas que su esposa y sus hijos le escribían, y así pudo mantener contacto con sus seres queridos.

Los primeros años que pasó en los Estados Unidos fueron muy difíciles para él. Su hija, Elizabeth Stowell, cuenta que le costó mucho trabajo adaptarse a su nueva vida y que con frecuencia se sentía desanimado; mas aun así, nunca se arrepintió de haber aceptado el evangelio.

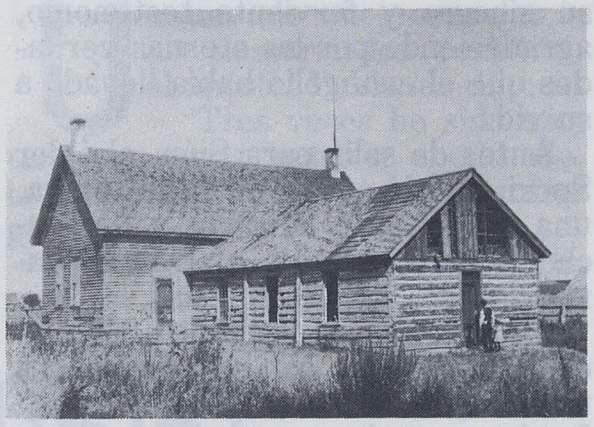
En 1884, el élder Spori fue llamado para servir como misionero en Turquía. El día después de la Navidad llegó a Estambul e inmediatamente empezó la obra proselitista. Al principio le fue necesario emplear los servicios de un intérprete; pero aquel talento único que poseía para aprender idiomas le permitió en sólo tres meses dominar bastante bien el idioma turco. Enseñó el evangelio con gran entusiasmo y fortaleza, y, con el objeto de llegar a los hogares de las familias turcas, utilizó métodos que le ayudaron a llevarles el mensaje del evangelio; uno de éstos fue enseñar francés e inglés sin cobrar nada por sus servicios, y con ello bendijo la vida de muchos al enseñarles también el evangelio. Sus discípulos aprendieron nuevos idiomas, pero a la vez aprendieron sobre la Iglesia restaurada. Después enseñó alemán, pero esa vez cobró por sus servicios a fin de obtener los fondos necesarios para adquirir ropa y comida.

A mediados del año 1886 fue llamado para ir a Palestina, siendo así el primer misionero llamado a predi-

car en ese país durante esta dispensación. En 1841 Orson Hyde había dedicado esa tierra, mas no había predicado allí. El élder Spori efectuó el primer bautismo en Palestina al bautizar a Johan George Grau el 29 de agosto de 1886.

El área misional del élder Spori se extendió hasta las ciudades de Joppa, Damasco y Jerusalén, y fue en esta tierra de Palestina donde él se dio cuenta de la forma en que los milagros pueden surgir de medios o hechos simples.

De acuerdo con las leyes locales de la ciudad de Haifa, todo cristiano tenía que abandonar la ciudad antes de que las puertas se cerraran al obscurecer. Sin embargo, en cierta ocasión, el élder Spori se encontraba enseñando a un investigador que estaba muy enfermo, y no queriendo abandonarlo antes de que se hubiera restablecido un poco, decidió permanecer con él hasta que notara alguna mejoría. Ya avanzada la noche y viendo que su amigo empezaba a restablecerse, decidió salir de allí, aunque sabía que las puertas de la ciudad estarían cerradas y que si se daban cuenta de su presencia lo llevarían preso. Mientras caminaba por la playa y trataba de encontrar una solución a su problema, vio que los barcos pesqueros empezaban a llegar a la orilla; fue en ese momento que también vio a algunos hombres que estaban preparando las redes que utilizarían durante la próxima jornada, y tuvo la corazonada de que debía ayudarles; de manera que se acercó a ellos y sin decir nada empezó a trabajar. Nadie pareció notar su presencia. Cuando todos habían terminado, después de doblar las redes subieron a uno de los botes y se prepararon para navegar. Sin decir palabra, el élder Spori también se subió en la embarcación, y en pocos minutos el velero y su tripulación se hallaban en alta mar. A la mañana siguiente, cuando el bote llegó a El Cairo, el élder Spori bajó a tierra, se dirigió a la ciudad y prosiguió su obra proselitista.



La Academia de la Estaca de Bannock en 1895. Esta institución recibió años más tarde el nombre de Colegio Universitario Ricks. Fue allí donde Jacob Spori sirvió como primer director.

Después de terminada su misión, fue relevado y regresó a Suiza, donde cumplió con la asignación que le dio el presidente Wilford Woodruff de ayudar a organizar una compañía de santos para su viaje a Sión; tarea que le llevó casi un año realizar.

Antes de concluir la misión, recibió de su inconsolable esposa la noticia de que la hija mayor de ambos, Katherine, había fallecido a consecuencia de las heridas recibidas al caer de un columpio. Mas él, sabiendo que el evangelio podía sanar cualquier herida espiritual, le escribió hablándole sobre la doctrina de la Iglesia. Fue tanta la paz y el sosiego que sus palabras llevaron a aquella alma acongojada, que su esposa quedó convencida de que el evangelio era verdadero, pidió que la bautizaran y cuando él regresó a la villa después de concluir su misión, pudieron nuevamente vivir juntos. Más adelante, ella expresó

su sincero y ferviente testimonio, agradeciendo por las eternas verdades que el evangelio había llevado a su vida.

Antes de salir para Sión, el élder Spori, con la ayuda de su hermana, una mujer muy educada y de mucho talento, tradujo al francés varios folletos para la Iglesia.

Finalmente, en junio de 1888, Jacob Spori, junto con su esposa, sus tres hijos, Jacob, Magdalena y Louise, y su hermana, Anna Clara, salieron de Berna para los Estados Unidos, llevando como destino la ciudad de Rexburg, en el Estado de Idaho, donde Jacob había sido nombrado director del Colegio Universitario Ricks, que pronto sería inaugurado.

Al llegar a aquel lugar, se dieron cuenta de que no había una casa disponible para ellos, de manera que terminaron viviendo en un granero vacío que pertenecía al obispo, y fue allí donde el 6 de julio de 1888 nació su quinto hijo, una niña a la que pusieron por nombre Elizabeth.

Durante los cuatro años en que Jacob sirvió como director de esa institución, no sólo enseñó, sino que también fue amigo de las familias de sus alumnos. Visitaba los hogares de los santos, especialmente cuando sabía que alguien se encontraba enfermo. Una de sus hijas, hablando de las cualidades de su padre dijo: "Durante una epidemia de difteria que ocurrió en 1891, sin temor alguno iba a administrar a los enfermos y a consolar a los desolados". Dos de sus hijas contrajeron esta terrible enfermedad; mas él, creyendo en que por el poder de Dios ellas serían sanadas, las bendijo y en poco tiempo su salud les fue restaurada.

Después de haber pasado cuatro años como director de la pequeña escuela, pidió que le relevaran de su cargo, lo cual se hizo en forma muy honorable; ya sin esta responsabilidad, se dedicó a la agricultura e inició un proyecto que años más tarde produjo grandes beneficios en las siembras y cosechas: la construcción de un canal que recibió su nombre.

Jacob murió en 1903. Para ese entonces había vuelto a la enseñanza y todavía hacía todo aquello que él consideraba importante a pesar de que su doctor le había aconsejado que no trabajara, pues por su condición de diabético necesitaba mucho descanso. Cuando el médico le habló del estado de su salud y de las alternativas que le quedaban, dijo que preferiría "morir trabajando que descansando".

Dos de los rasgos que más caracterizan la vida de Jacob Spori son su habilidad para efectuar cualquier tarea y su fe inquebrantable. Fue un gran educador, un estudiante de idiomas y un excelente misionero; le atrajo la geología y la industria minera, y recibió su último grado universitario en metalurgia cuando tenía cincuenta años; mientras se encontraba en Estambul se interesó en la medicina; la música era para él un escape, y aprendió a tocar varios instrumentos musicales. La ciencia y la agricultura fueron también parte de su vida, la cual muy bien se podría resumir en las palabras de su hija:

"Su testimonio era tan grande que lo expresaba cada vez que se le presentaba la oportunidad. Acostumbraba decirnos que nada de lo que el hombre hiciera podría cambiar la veracidad del evangelio y que todos los sacrificios que había hecho no eran nada para él en comparación con la paz y el gozo que experimentó después de unirse a la Iglesia."

Una vez mientras recorrían senderos diferentes, Jacob Spori y Mischa Markow se encontraron en un cruce del camino de su vida. El hermano Spori le enseñó el evangelio al hermano Markow, y desde ese mismo instante empezó para éste toda una vida de dedicación y servicio.

EXPERIENCIAS MISIONALES DE MISCHA MARKOW EN LAS REGIONES EUROPEAS DE LOS BALCANES

por William Hale Kahr

Un uno de sus mensajes a los descarriados corintios, el apóstol Pablo les dijo:

"Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio . . .

en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones,

peligros de los de mi nación . . .
. . . en muchos ayunos, en frío y en desnudez." (2 Corintios 11:25-27.)

Esta simple introducción fue un recordatorio para los corintios de la inquebrantable devoción y de los sacrificios que Pablo tuvo que pasar para llevarles el evangelio, que entonces ellos estaban rechazando.

Mischa Markow no escribió su propia historia como un recordatorio para sus conversos, sino que en forma sencilla y cuidadosa, con su propia mano y en un inglés deficiente, dejó impresas en el interior de la portada de su biografía las siguientes palabras:

"Yo, Mischa Markow, prediqué el evangelio en ocho reinos: 1. Bélgica, 2. Hungría, 3. Rumania, 4. Bulgaria, 5. Alemania, 6. Turquía, 7. Rusia, 8. Serbia. Once veces tuve que comparecer ante los tribunales de la ciudad, cuatro ante los magistrados y dos veces ante la suprema corte. Tres veces fui custodiado y los guardias se paraban junto a la puerta y no permitían que los que querían escucharme se acercaran a mí para hacerlo. Esto ocurrió en Rumania, Bulgaria y Serbia. Dos veces fui expulsado tanto de Rumania como de Serbia; y en Rumania y en Hungría estuve dos veces en prisión." (Mischa Markow, "Life and History," hológrafo, Church Historical Department Archives.)

Mischa Markow, un hombre sencillo y de valor que trabajó con ahínco, fue el único misionero del siglo diecinueve que estuvo predicando el evangelio en algunas zonas a las que la Iglesia todavía no ha vuelto a entrar. Nació el 21 de octubre de 1854 en Hungría, de padre serbio y madre rumana, quienes le enseñaron la religión de la Iglesia Serbia Ortodoxa. En cierta ocasión dijo: "Siempre me incliné hacia los asuntos religiosos y en mí nació el gran deseo de ir a Jerusalén". A la edad de 32 años, siendo aún soltero, viajó como peregrino a la Tierra Santa, y de allí continuó hacia Alejandría, en Egipto, donde estudió la Biblia y trabajó como barbero. Después de ocho meses se dio cuenta de que su iglesia no era la verdadera, de manera que decidió visitar las iglesias protestantes en Estambul para ver cuál de ellas se asemejaba más a la iglesia que describía la Biblia.

Mientras tanto, a cientos de kilómetros del lugar donde se encontraba Mischa, Jacob Spori, Presidente de la Misión Turca de la Iglesia, había tenido una visión en la que él mismo se había visto en la ciudad de Alejandría, en donde había un hombre a quien él habría de predicar el evangelio. Muy poco tiempo después el presidente Spori se encontraba en un barco rumbo a esa ciudad, donde permaneció tres días buscando infructuosamente a aquel hombre. Dándose ya por vencido, decidió regresar a Estambul; pero mientras el barco se preparaba para zarpar, vio a un hombre que subía por la escalera de desembarco. ¡Era Mischa Markow, a quien él había visto en la visión!

En esa época de 1887, el viaje a Estambul duraba cuatro días, durante los cuales el presidente Spori tuvo la oportunidad de relatarle al hermano Markow su visión. Es en relación con esa experiencia que este último dijo: "Cuando el presidente Spori empezó a enseñarme el evangelio, yo pensé que era un ángel; por lo menos así me pareció" ("Life and History", pág. 51). Ya en Estambul, el presidente Spori le presentó a los demás misioneros, F. F. Hintze y J. Marion Tanner, y el 1º de febrero de 1887 fue bautiza-

do en el Mar Negro.

Sin haber sido ordenado todavía, fue a visitar a sus padres, a quienes les predicó el evangelio. Creyendo que por el interés que ellos demostraban estaban listos para dar el paso que él había dado, llamó al hermano Hintze; mas cuando éste llegó, ambos se dieron cuenta de que todavía no lo estaban. El élder Hintze le confirió el sacerdocio, y al día siguiente llevaron a cabo algunas reuniones. Sin embargo, en menos de veinticuatro horas, el élder Hintze fue llevado ante los magistrados de la ciudad, quienes le ordenaron salir del país antes de cuarenta y ocho horas.

El hermano Markow, al ver que quedaba muy poco tiempo para recibir instrucciones, le pidió al élder Hintze que le dijera qué era lo que los misioneros hacían. Este simplemente le dijo: "Hermano Markow, tú eres un élder de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días y tienes la autoridad para bautizar y para conferir el don del Espíritu Santo por medio de la imposición de manos, así que debes predicar el evangelio dondequiera que tengas la oportunidad" ("Life and History", pág. 52).

El hermano Markow juró que no emigraría a América sino hasta después de haber predicado y bautizado. En su primer viaje fue de Hungría al puerto ruso de Odesa, en el Mar Negro, y de allí a Inglaterra. Hablaba los idiomas serbio, búlgaro, húngaro y alemán; mas no el inglés. Fue a Amberes, ciudad de Bélgica donde empezó a predicar el evangelio a la comunidad alemana. De esta experiencia él nos dice:

"No me escucharon por mi apariencia humilde, de manera que le imploré al Señor que me revelara si en esa ciudad había alguien que escucharía el evangelio. El Señor me hizo saber que algunos de los habitantes recibirían su mensaje, y me dijo que yo sería el primero que abriría una misión en Bélgica. Oré nuevamente y le pedí al Señor que me indicara dónde podría encontrar a aquellos que recibirían el evangelio." ("Life and History," pág. 53-54.)

Guiado por el Espíritu del Señor, se dirigió al asiento de un parque donde encontró a un hombre llamado Karl Beckhaus, quien aceptó el mensaje del evangelio con "los ojos llenos de lágrimas" ("Life and History," pág. 54). Al día siguiente conoció a la familia de este hombre, y aunque ya se efectuó rápidamente la conversión, el bautismo tuvo que atrasarse un poco, puesto que Beckhaus y Henriete Eselman, la mujer con quien vivía, no se habían casado; y el hermano Markow rehusó bautizarlos. Enojado por la decisión que éste había tomado, Beckhaus intentó que se le persiguiera; mas fracasó. Henriete se bautizó con su hijo mayor, Frederick, el 17 de octubre de 1888; y dos días después, tres de sus hijas también fueron bautizadas. Dos semanas más tarde, Beckhaus sintiéndose arrepentido, quiso unirse a la Iglesia; y el élder Markow ofició en su matrimonio. Después viendo que ya no tenía más dinero y que tendría que

. . . mientras el barco se preparaba para zarpar, vio a un hombre que subía por la escalera de desembarco. ¡Era Mischa Markow, a quien había él visto en la visión!

regresar a los Balcanes para trabajar, pidió que de la Misión Suizo-Alemana enviaran misioneros a Bélgica. Cuando llegaron tres de ellos, la familia Beckhaus había reunido algunas referencias de las cuales resultaron ochenta bautismos.

Después de haber ahorrado el dinero suficiente, el hermano Markow emigró a los Estados Unidos arribando a la ciudad de Salt Lake el 17 de octubre de 1892. Al llegar allí empezó a trabajar como peluquero y el 24 de mayo de 1893 se casó con Nettie Hansen, quien era una conversa noruega; ellos fueron la quinta pareja que contrajo matrimonio en el recién dedicado Templo de Salt Lake. Tuvieron dos hijos. El hermano Markow se hizo ciudadano de los Estados Unidos y en 1899 fue ordenado setenta y fue llamado a su primera misión oficial. Para esa época Europa había sido dividida en varias misiones; pero la carta que describía su llamamiento decía simplemente "Europa", lo cual daba a entender que trabajaría en varias misiones durante los próximos dos años.

Para mayo de 1899 se encontraba predicando a grupos interesados en Serbia, que ahora forma la parte sur de Yugoslavia. Tres meses después fue expulsado a Hungría por la Suprema Corte de Serbia. Allí sólo un mes después de su llegada, fue puesto prisionero y acusado de anarquista; lo llevaron a una celda donde permaneció incomunicado, hasta que pudieran los oficiales localizar a un mercader que supiera suficiente inglés como para examinar sus documentos. En julio de 1899 fue expulsado de Hungría, por lo que dio gracias a Dios, porque, como dijo, "cuanto mayor la persecución que sufría más fuerte y más satisfecho me sentía, hasta el punto de derramar lágrimas de gozo" ("Life and History," págs. 61-62).

Al salir de Hungría se dirigió a Estambul, donde su amigo, F. F. Hintze, era el presidente de la misión. Una semana más tarde salió rumbo a Rumania, llevando consigo a Argir Dimitrov, quien era un investigador búlgaro. El 30 de julio de 1899, el élder Markow lo bautizó, convirtiéndose Dimitrov en su primer compañero. Después de estos bautismos el éxito pareció esfumarse.

Como siempre el élder Markow oró al Señor, y fue recompensado con un sueño muy real y detallado que tuvo el 10 de diciembre de 1899, en el cual, a pesar de la oposición de los demás, él se encontraba visitando a una familia. Este es su relato:

"En el sueño, al abrirse una puerta, vi a una mujer anciana sentada junto a una pequeña mesa sobre la cual apoyaba el codo. Me dirigí hacia, ella, y mientras lo hacía, miré hacia atrás, y vi a una joven que cerraba la puerta y que me miró y sonrió un poco. Le pregunté a la anciana si tenía una Biblia; me dijo que sí, y dirigiéndose a la jovencita, le pidió que nos la alcanzara. La muchacha llevó la Biblia y me la entregó; la abrí y empecé a predicarles el evangelio, y fue tanta su felicidad que todos nos regocijamos."

Parece que él sabía quién era esa familia o por lo menos dónde podría encontrarla, ya que al llegar a ese lugar se dirigió sin titubear a la puerta y golpeó. Todos los detalles mencionados en el sueño se cumplieron; dos meses más adelante, la mujer, su hija y otras dos personas fueron bautizadas ("Life and History", pág. 62-64). Este bautismo, que se llevó a cabo en febrero de 1900, fortaleció grandemente la fe de los misioneros. Ese día el élder

Markow arrendó una piscina pública, y allí llevó a sus conversos y efectuó el servicio bautismal.

"Cuando empezamos a caminar hacia el lugar donde se llevaría a cabo el bautismo, tuve la impresión de que tenía junto a mí a un compañero; más no pude ver a nadie. Entonces dirigí la vista hacia adelante y vi a un hombre que me precedía . . . al lugar del bautismo; luego desapareció, y el Espíritu del Señor me susurró: 'Ese es un ángel de Dios, no temas'. Y sentí gran fortaleza y me regocijé." ("Life and History," pág. 64.)

Más adelante bautizó a cinco personas más; y cuando la pequeña rama se formó, sus miembros hablaban rumano, alemán, búlgaro, y griego. Pero, como siempre ocurre, con el crecimiento surgió la publicidad; y el élder Markow fue puesto preso nuevamente, llevado ante el tribunal del distrito y luego ante el tribunal supremo. Cuando se puso de pie solo, en el centro del cuarto circular del tribunal adornado con hermosos muebles y un alto cielo raso, "un personaje se puso en el aire arriba de mi cabeza, vestido con una ropa blanca similar a la que se usa en el templo; eso me fortaleció y sentí que las fuerzas volvían a mí y que el Espíritu del Señor descansaba sobre mí".

Empezó a explicar los primeros principios del evangelio, la apostasía y la restauración. Era una escena que, aunque parezca extraño, se asemejaba a la ocasión en que Pablo estuvo frente al Sanedrín; aun los mismos jueces empezaron a debatir sobre la apostasía. Después él fue llevado nuevamente a la cárcel donde por varios días sólo le dieron pan y agua; y luego fue expulsado otra vez de la ciudad ("Life and History," págs. 66-67).

Después de la anterior experiencia se dirigió a Bulgaria, donde varios ministros le otorgaron permiso de predicar a sus respectivas congregaciones después que los servicios regulares terminaran. Cuando llegó a la ciudad, se registró como misionero en la estación de policía; y éstos, creyendo que se trataba simplemente de otra secta protestante, no le dieron ninguna importancia.

Sin embargo, esta condición no iba a permanecer inmutable por mucho tiempo, ya que un ministro protestante lo desafió, lo insultó y después lo dejó prometiéndole que no le permitiría continuar predicando. El pastor hizo propaganda en su contra en los periódicos, en diferentes idiomas, e instó a la gente a que se mantuviera lejos de los mormones dando al mismo tiempo la dirección donde se llevaban a cabo sus "maléficas" reuniones. El efecto de este anuncio fue sorprendente, ya que mucha gente fue a escucharlos. Cuando el élder Markow se encontró nuevamente con el hombre, le dio las gracias por haberles hecho tan buena propaganda.

Los ministros de las diferentes sectas estaban alarmados debido a la popularidad que los mormones habían alcanzado y lograron que lo llevaran a la cárcel otra vez, acusado de que se había registrado como misionero de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, y no como mormón. Sus planes surtieron efecto, pues a pesar de que los jueces estaban a su favor, y a pesar de que se hicieron varias peticiones para que se le dejara libre, fue expulsado de Bulgaria. Un sueño lo condujo a Hungría, donde llegó el día 3 de septiembre de 1900. En vista de que necesitaba un compañero, la Misión de Alemania le envió al élder Hyrum M. Lau, de Soda Springs,

Idaho. Sin embargo, pocas semanas más tarde se les pidió que entregaran sus pasaportes y sus certificados de misionero. El hermano Markow sabía lo que eso significaba, de manera que continuaron trabajando, tratando de permanecer en el país legalmente todo el tiempo que les fuera posible. El 1º de abril de 1901, recibieron la noticia de que tenían sólo tres días para salir del país, así que el 30 de marzo aprovecharon la oscuridad de la noche para bautizar a doce personas, y ordenaron a dos conversos para que presidieran la pequeña rama que sólo tenía 31 miembros; después salieron de Hungría rumbo a Alemania.

Por fin, al encontrarse en una misión "oficialmente" reconocida, fue asignado como presidente de rama en Munich. Antes de regresar a la ciudad de Salt Lake, adonde llegó el 28 de agosto de 1901, bautizó a cuatro personas más.

Casi exactamente dos años más tarde, el 3 de agosto de 1903, el élder Markow salió en su segunda misión. Al llegar a Liverpool, el élder Francis M. Lyman, del Consejo de los Doce y Presidente de la Misión Europea, le dio la asignación de trabajar bajo la jurisdicción del Presidente de la Misión Alemana, Hugh J. Cannon, con la asignación especial de predicar el evangelio en Rusia.

En su camino hacia Rusia, adonde salió inmediatamente después de recibir su asignación, se detuvo en Hungría cinco semanas y luego empezó su obra misional en Riga, Rusia, predicando en una colonia de alemanes. Al registrarse con la policía, se dio cuenta de que había tenido mucha suerte al haber ido primero a trabajar con los alemanes, puesto que el desafiar públicamente la autoridad o doctrina de la Iglesia Ortodoxa Rusa traía como consecuencia y castigo el ser enviado a Siberia por dos años; mas la sentencia por bautizar a un ciudadano ruso en otra secta era de doce años en el mismo lugar. Sin embargo, los ciudadanos alemanes no estaban sujetos a semejantes restricciones.

El continuó trabajando entre los colonos alemanes hasta que, como ocurría siempre, su éxito alarmó a los clérigos de las demás congregaciones y sectas religiosas, y nuevamente fue llevado ante el tribunal. El juez le explicó el proceso de apelación; pero él se había enterado por medio de un abogado de que nadie se atrevía a defender a alguien acusado por el pueblo, especialmente cuando se trataba de un forastero, pues en algunas ocasiones el defensor simplemente desaparecía.

Exactamente un mes después de su llegada, el élder Markow fue a la Misión Turca y allí pidió que se le asignara una zona difícil, en la cual bautizó a diez personas más antes de ser relevado el 1º de noviembre de 1905.

El final de la historia del hermano Markow muy bien podría haber sido similar a la historia de Pablo, si éste hubiera podido regresar al lugar de recogimiento de la Iglesia en un país libre. Después de la misión se estableció en la ciudad de Salt Lake, donde se dedicó a trabajar como peluquero. Los registros de su barrio indican que fue un maestro orientador fiel y diligente. En 1919 fue ordenado sumo sacerdote. Murió en 1934, treinta y tres años después de su memorable segunda misión.

Sus últimos años fueron un ejemplo de la misión que tuvo durante toda su vida, ya que su carácter intrépido estuvo siempre listo para defender a Cristo y no a sí mismo.

EL LEGADO DE MI ABUELO

por Kathleen Lubeck

Tenía yo doce años de edad cuando falleció mi abuelo, quien era para mí el súmmum de la bondad; todo amor y pureza.

Su muerte me llenó de desconsuelo, pues no sólo había perdido a un amigo, sino que estaba también convencida de que Dios lo había quitado de esta vida en una forma injustamente súbita. En mi infantil enfoque del evangelio no me cabían dudas de que antes de partir de este mundo, estaba destinado a llegar a ser un gran líder en la Iglesia. Era un hombre con un gran sentido de la caridad, quien en una oportunidad hasta le dio sus zapatos a alguien que golpeó a su puerta pidiendo limosna, y su abrigo a quien lo necesitaba más que él. No me cabían dudas de que su muerte había llegado demasiado pronto, cuando aún le quedaba mucha obra por realizar.

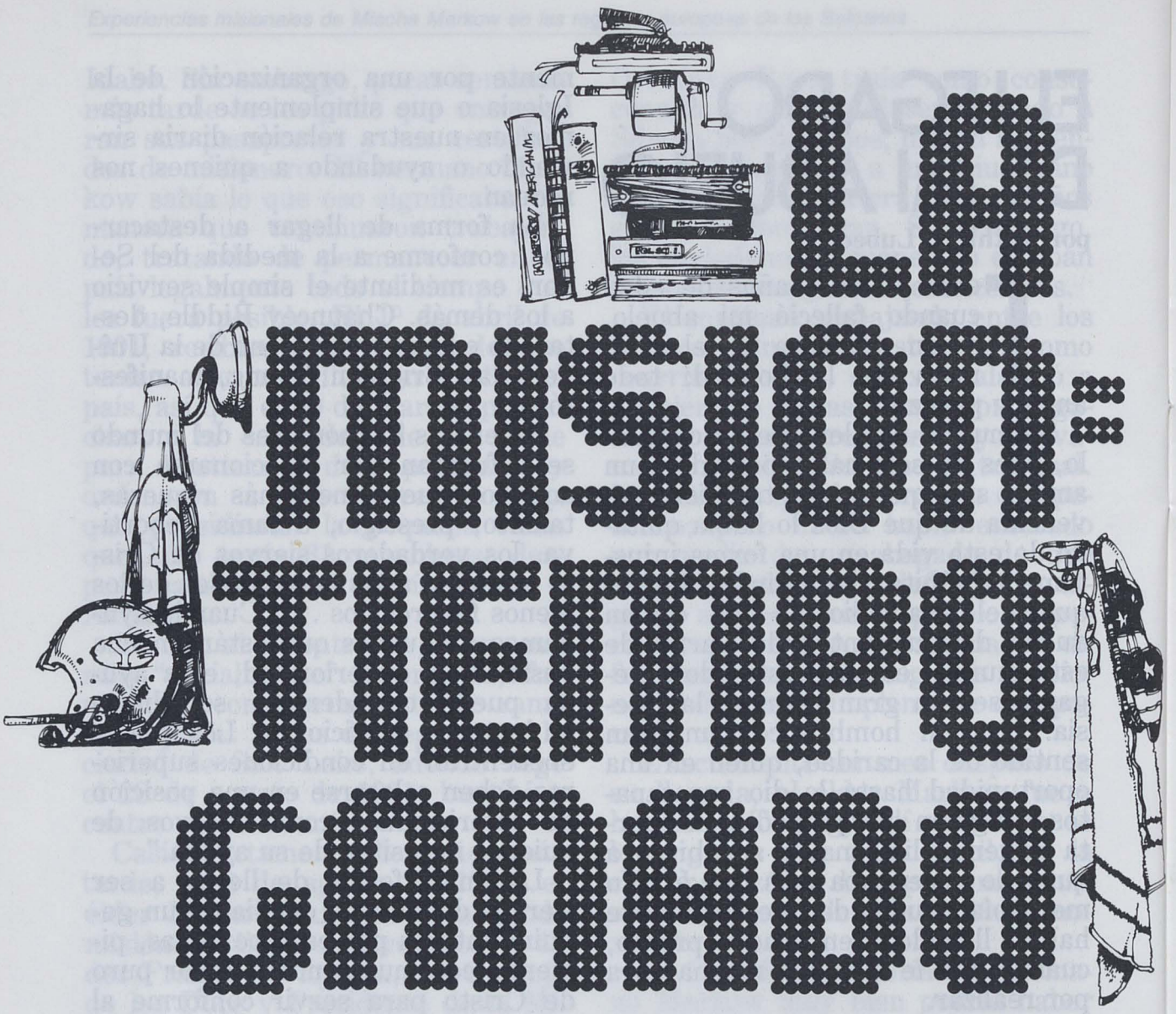
Ahora, al echar una mirada retrospectiva, me doy cuenta de que igualé capacidad con prestigio. Muchos son los miembros de la Iglesia que por su bondad y caridad se pueden contar entre los discípulos; mas el servir no es sinónimo de ocupar un cargo; ya sea que se nos llame a una posición destacada o a trabajar en un apartado rincón, debemos saber que un verdadero discípulo sigue siempre el ejemplo de Cristo. Un llamamiento puede ser considerado como la formalización de la obra que realizamos en la Iglesia; pero el servir es en verdad una bendición a la que todos tenemos acceso, ya sea que se nos llame oficialmente por una organización de la Iglesia o que simplemente lo hagamos en nuestra relación diaria sirviendo o ayudando a quienes nos rodean.

La forma de llegar a destacarnos, conforme a la medida del Señor, es mediante el simple servicio a los demás. Chauncey Riddle, destacado educador y decano de la Universidad Brigham Young, manifestó:

"mientras los hombres del mundo se esfuerzan por relacionarse con aquellos que tienen más riquezas, talento, prestigio, o fama deportiva, los verdaderos siervos de Cristo atienden a las necesidades de los menos favorecidos . . . Cuando ayudamos a aquellos que están en una posición de superioridad, esta ayuda puede considerarse servilismo en lugar de servicio . . . Los que se encuentran en condiciones superiores deben colocarse en una posición de inferioridad, como siervos de quienes necesitan de su ayuda."

La única forma de llegar a ser siervos de otros es mediante un genuino interés por esas personas, pidiendo continuamente el amor puro de Cristo para servir conforme al ejemplo que El nos dio (véase Moroni 7:47-48), y tomando la iniciativa a fin de ser una bendición para nuestro prójimo.

La vida de mi abuelo fue verdaderamente un reflejo de las enseñanzas del Salvador, por lo cual sé que su obra no fue en balde. Como en mi caso, sé que fueron muchas las personas a quienes él llegó con su ejemplo. Les hablaré a mis hijos de los destellos de bondad que irradiaba mi abuelo en una forma simple y al mismo tiempo inconfundible. No hay hombre que no pueda llegar a ser un verdadero discípulo si sigue los ejemplos de bondad del Señor, tal como lo hizo mi abuelo.



por Rosemary Peck

En el año 1978, 15.860 Santos de los Ultimos Días recibieron el llamamiento del Profeta para ir en una misión, y miles de ellos fueron; talentosos jóvenes quienes dejaron de lado estudios, deportes, trabajo y muchas otras actividades. Muchos partieron sin vacilar, con la seguridad de que una vez terminada la misión podrían continuar con el tipo de actividad que suspendían; otros lo hicieron un poco confusos, ansiosos por un lado de servir al Señor y predicar el evangelio, y por otro preguntándose si esa ausencia de dos años no sería el fin de una etapa importante de su vida.

Lance Reynolds puede comprender perfectamente estos sentimientos. A temprana edad comenzó a jugar al fútbol (norteamericano) en

un equipo de menores y este deporte llegó a ser una parte importante de su vida; más tarde jugó en el equipo de una escuela secundaria de Salt Lake City, y a los dieciséis años fue nominado entre los mejores jugadores de la región. En su último año de secundaria integró el cuadro de honor del estado y más adelante una vez más el de la región.

Cuando Lance comenzó a asistir a la Universidad Brigham Young, fue la primera vez que se permitió que los estudiantes del primer año jugaran en el equipo superior de la universidad, y él jugó como titular lo suficientemente bien como para hacerse acreedor al reconocimiento deportivo de la institución. Durante el segundo año de estudios, integró el equipo titular durante toda la temporada, mientras que el tercer año le resultó aún más prometedor porque sería el jugador de la línea de ataque con mayor experiencia, ya que sus compañeros del año anterior se habían graduado. Fue precisamente en ese año que le llegó el momento de salir en una misión, y a pesar de que siempre había planeado ir, fue para él una decisión muy difícil de tomar.

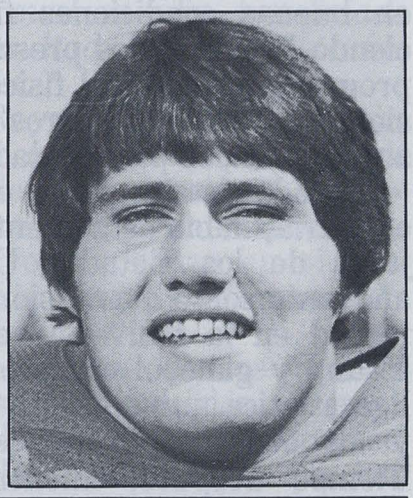
En ese momento, recuerda, *partir para una misión significaba perder toda esperanza de hacer carrera en el fútbol.*

Tuvo que elegir entre el deporte y la misión, y eligió la obra misional.

Después de cinco años y siendo ya profesional, Lance no piensa que los jóvenes tengan necesariamente que elegir una cosa u otra.

¿Por qué no hacer las dos?, pregunta. *Los estudiantes y los atletas no tienen que renunciar a sus aspiraciones para ir a una misión, sino que solamente las posponen por dos años.*

El sabe lo que está diciendo, porque habiéndose mantenido en buenas condiciones físicas durante la



LANCE REYNOLDS

misión, haciendo ejercicio antes de las 6:30 de la mañana, en su tiempo libre, y levantando pesas le fue muy fácil a su regreso volver a las actividades deportivas. Apenas dos semanas después de regresar, se sentía como si nunca hubiera dejado de jugar. En la siguiente temporada del fútbol era otra vez titular en el equipo de la Universidad Brigham Young. En su cuarto año de estudios fue nominado para integrar el cuadro de honor de la liga atlética universitaria a la cual pertenece dicha universidad y fue contratado para jugar con un equipo de fútbol profesional de primera categoría, jugando actualmente para otro equipo profesional.

La natación, al igual que el fútbol, no es una actividad permitida a los misioneros. Por ello, Mark McGregor sabía perfectamente que

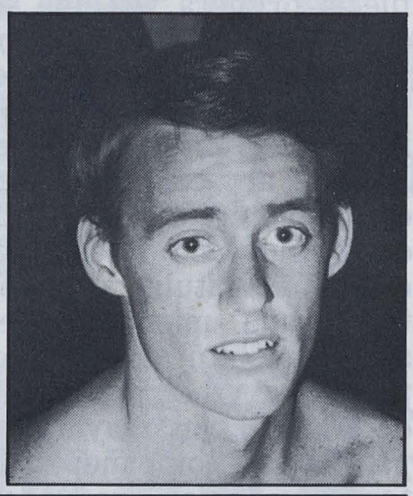
no iba a poder nadar por el período de dos años que durara su misión. Mark formaba parte del equipo de natación de la Universidad Brigham Young como competidor en estilo libre y tenía toda la intención de regresar, por lo que se mantuvo en buenas condiciones físicas, haciendo los ejercicios prescritos en el programa de aptitud física para misioneros, así como otros para brazos, especiales para nadadores.

Cuando estaba en la escuela secundaria, había estado entre los mejores de los Estados Unidos. El año anterior a su misión, batió el récord en la Universidad Brigham Young y ganó el campeonato de la liga atlética universitaria en los 200 y los 500 metros de estilo libre. Tiempo después, mientras estaba en la misión, su récord en los 200 metros fue batido.

Lo más difícil de aceptar al no competir en natación, dice el entrenador Tim Powers, *es que mientras uno está ausente, los récords se siguen bajando.*

Mark no podía sólo volver y recuperar su velocidad, sino que tenía que procurar batir sus propios antiguos récords; lo cual está haciendo y es una inspiración para sus compañeros de equipo que están en edad de ir en una misión. Después de su regreso, volvió a establecer el récord en los 200 metros de estilo libre y batió su récord anterior en los 500 metros, a pesar de que actualmente uno de sus compañeros de equipo, John Sorwich, estableció uno nuevo. Mark tiene que asistir otro año más a la Universidad Brigham Young y tanto él como su entrenador aguardan con notoria espectativa lo que habrá de suceder ese año.

Otro atleta, Ed Maisey, quien hizo su misión en Corea, tuvo una experiencia muy particular: Logró dar lecciones misionales gracias a su habilidad deportiva. En cierta oportunidad fue asignado a trabajar en una base militar donde no se les permitía a los misioneros hacer proselitismo activo, aunque sí que enseñaran el evangelio a quien se lo solicitara; Ed llegó a ser entrenador asistente de un equipo de lucha



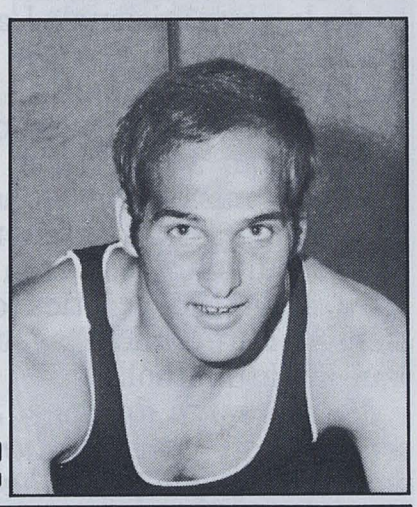
MARK McGREGOR

libre, por intermedio de lo cual llegó a conocer a muchas personas que más tarde recibieron a los misioneros.

Mientras estaba en Seúl, le presentaron a Yong Jung Mo, ganador de una medalla olímpica; se hicieron amigos, y Ed le ayudó a entrenar al equipo nacional. Sin embargo, por muy emocionantes que fueran sus actividades deportivas, él sostiene que las experiencias más satisfactorias que tuvo fueron las del tiempo que dedicó al proselitismo; la lucha libre fue simplemente una llave que abría las puertas a la obra misional.

Después de la misión ganó muchos campeonatos, pero lamentablemente, se dislocó un brazo en las finales de una competencia universitaria nacional. De cualquier manera Ed tuvo una actuación excepcionalmente buena, de acuerdo con lo que afirma Ben Ohai, uno de sus entrenadores. En el combate durante el cual se lesionó, luchando con el competidor que defendía su título de campeón, el puntaje fue de 11 a 14 y Ed ocupó el sexto lugar en la nación.

Ed Maisey fue seleccionado como el estudiante atleta Nº 1 de la Universidad Brigham Young para 1978-79, y en septiembre de 1979 ingresó a la facultad de odontología de la Universidad de Nebraska, como alumno posgraduado.



ED MAISEY

¿Piensan estos atletas que su actuación ha sido mejor por haber servido en una misión? La respuesta es un sí unánime. Mark McGregor lo expresó con estas palabras:

Hay muchas similaridades entre el campo misional y los deportes, especialmente en lo que concierne a la forma de pensar, puesto que una actitud positiva es sumamente necesaria en ambos casos. Yo aprendí muchísimo en el campo misional acerca de lo que se requiere para obtener esa actitud mental positiva, lo cual me ha beneficiado con los resultados que he obtenido en natación.

Lance Reynolds piensa que él ha progresado en cuanto a la fuerza de voluntad, la concentración y el autocontrol. Los tres jóvenes saben que tenían mayor confianza en sí mismos al reintegrarse cada uno a su especialidad deportiva.

Aunque algunos de los jóvenes que regresan de la misión no continúan en el campo de los deportes, esto se debe usualmente a que han cambiado sus intereses y no a que haya disminuido su capacidad. Ed, Mark y Lance están convencidos de que cualquier atleta que haga una misión podrá recuperar su estado atlético anterior si se dedica diligentemente a ello.

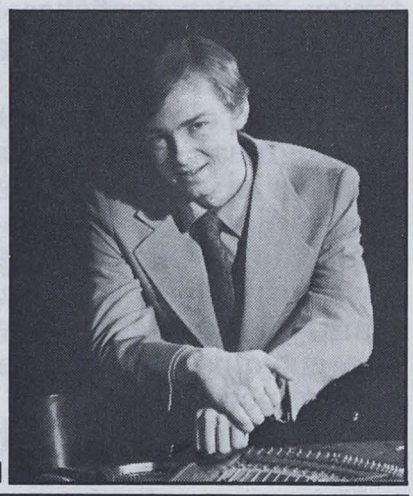
Y aun cuando éste no fuera el caso, Lance no habría dejado de ir a la misión por nada en el mundo.

Con gusto cambiaría todas las experiencias que tuve en los deportes por la oportunidad de haber ido a una misión, afirma.

Kendall Bean es un concertista de piano que comenzó sus estudios a los cuatro años de edad. Cuando asistía a la escuela secundaria, frecuentemente tocaba en la orquesta escolar, y actuó como solista tocando el Segundo Concierto para Piano de Beethoven y Rapsodia Azul de Gershwin; tocó dos años consecutivos en el Festival de Bach en California; y en 1971, después de salir ganador en el festival de jóvenes artistas de la Mutual, tocó un solo

en el Tabernáculo con la Sinfónica de la Juventud Mormona. En 1974 presentó un concierto en la Universidad Brigham Young, ganó el Premio Wakefield para actuaciones de piano y actuó en una importante serie de recitales.

Al recibir su llamamiento estaba obteniendo muchos éxitos y es perfectamente comprensible que pensara dos veces acerca de abandonar su carrera musical. Mientras se en-



KENDALL BEAN

contraba en el Centro de Capacitación Misional empezó a pensar que quizás el Señor no deseara que él se dedicara a la música después de la misión, y se preguntaba si tendría que llevar un estilo de vida completamente diferente, y si fuera así, qué habrían de pensar sus amigos.

Kendall Bean fue afortunado en mantener correspondencia con una amiga que lo animaba mucho y le brindaba el apoyo que él necesitaba.

Ella me decía que ése no era el momento de preocuparme acerca de ciertas cosas, y que, de hecho, ésa era la única arma que el adversario tenía para mantenerme alejado de la obra que se suponía tenía que llevar a cabo. Me recordó que si servía al Señor con toda mi alma, mente y fuerza en ese momento de mi vida, tendría el derecho a recibir Su ayuda cuando tuviera que tomar decisiones importantes.

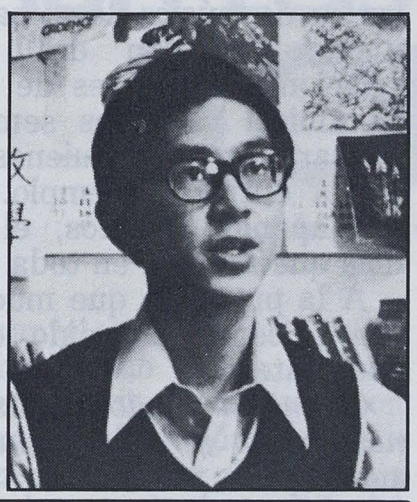
De acuerdo con lo que sucedió después, todas estas preocupaciones fueron innecesarias. El Señor no deseaba que dejara la música, sino por el contrario, que él y otros misioneros con talentos musicales pudieran utilizarlos para el adelanto de la obra misional. Las actividades de proselitismo en su misión incluyeron recitales a los cuales asistieron muchas personas que no pertenecían a la Iglesia. Kendall y los otros misioneros se asombraban de ver que podían obtener muy buenos resultados con tan sólo una hora o dos de práctica durante su tiempo libre, mientras otros jugaban al básquetbol.

Me di cuenta de que el Señor preservaba mi talento durante esos dos años, y que podía hacer uso de él precisamente cuando lo necesitaba. Usualmente, nadie habría considerado la posibilidad de presentar un recital con la escasa preparación que podía lograr yo; pero cuando nos dedicamos plenamente al Señor, podemos realizar cosas maravillosas.

Después que regresó de su misión, Kendall tocó un solo con la Orquesta Sinfónica de Utah y ocupó el segundo lugar en un concurso de piano en el Estado de Utah así como en los que llevó a cabo la Asociación de Maestros de Música de este estado. (Casualmente,

quien ocupó el primer lugar en ambas instancias, fue Mark Wilberg, otro ex misionero.) En la actualidad, Kendall Bean es director del coro de Jóvenes Mayores de la Estaca El Cerrito, en California, y recibió de la Universidad de Texas, en Austin, una beca para estudiantes graduados en música.

A veces los estudiantes (o sus padres) se preocupan acerca de las consecuencias que pueda tener una misión en sus estudios; para algunos puede resultar contradictorio el hecho de que la Iglesia, que hace



GERRIT GONG

tanto énfasis en la educación, envíe a la misión a jóvenes de 19 a 21 años, edad en la cual deben estar totalmente dedicados a prepararse para el futuro.

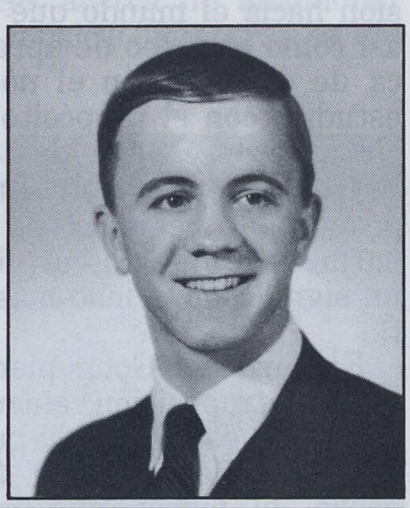
Es sumamente alentador observar que los registros de las universidades indican que los jóvenes que han ido en una misión son mejores estudiantes cuando regresan.

Gerrit Gong, quien recibió una beca especial y era ya un excelente estudiante antes de la misión, confirma que esto es verdad y explica las varias razones por las que es así: La misión puede mejorar los hábitos de estudio, concentración en el trabajo académico y la motivación para estudiar. Indirectamente, y quizás más importante, provee la oportunidad de tener una variedad tremenda de experiencias que aumentan la perspectiva y la comprensión hacia el mundo que nos rodea, así como el deseo de aprender acerca de él. También él nos dice que estudiar con el propósito de bendecir a otros es una de las razones por las cuales tantos misioneros, después de regresar de la misión, encuentran que sus estudios tienen un significado mucho más importante.

El hermano Gong piensa que no hay contraposición entre una misión y los estudios o la búsqueda de oportunidades para el futuro. De hecho, él piensa que es un error *separar los estudios de la misión como dos cosas opuestas en lugar de integrar el deseo de aprender con el espíritu del servicio misional, que son tan inseparables como la fe y las obras.* Para él la misión no es un impedimento para su educación o para las oportunidades que se ofrezcan en el futuro, sino que la considera el primer paso práctico para descubrir esas oportunidades.

Cuando James R. Heap aceptó su llamamiento misional, sabía perfectamente el tiempo que le incurrirían los estudios universitarios preliminares, la facultad de medicina y el internado, pero aún así, no pensó ni le preocupó el hecho de que la misión pudiera perjudicar su carrera. Inmediatamente después de regresar de la misión se puso al día con el tiempo aparentemente "perdido". Después de tres años de estu-

dios universitarios fue aceptado en la facultad de medicina, pues aplicaron el primer año en dicha facultad al cumplimiento de los requisitos de su título de Licenciado en Ciencias, lo que le permitió recibirse como médico a la edad de 26 años, la misma edad en que muchos otros



JAMES R. HEAP

se reciben sin haber perdido ningún año de estudio. Dicho sea de paso, en ese mismo período de tiempo, él integraba la presidencia de una rama de estudiantes. Luego hizo un internado de tres años en el centro médico de la Base Scott de la Fuerza Aérea, y en la actualidad ejerce la medicina en Phoenix, Arizona.

Durante sus años de practicante e internado, continuó sirviendo en la Iglesia, cumpliendo con muchos llamamientos, entre ellos los de secretario ejecutivo, maestro de Escuela Dominical y miembro del sumo consejo.

El Dr. Heap piensa que su misión contribuyó en gran manera a su éxito como médico. Cuando regresó a sus estudios, se dio cuenta de que su capacidad y rapidez para aprender habían aumentado. Lo más importante es que al haber dedicado su tiempo y talentos a una misión regular, nacieron en él un mayor amor e interés hacia sus semejantes. El afirma que *ser inteligente no es suficiente, sino que la inteligencia más el amor cristiano hacia la humanidad son la combinación perfecta para llegar a ser un facultativo respetado y de éxito.*

Además de sus responsabilidades actuales como esposo, padre de cinco hijos y médico, el Dr. Heap encuentra tiempo para servir como director de música de su barrio, organista, maestro del curso de relaciones familiares de la Escuela Dominical y de los seminarios de preparación para quienes se aprestan a entrar al templo. Contando con apenas 30 años, él ha hecho más que muchos en toda una vida.

A la pregunta que muchos se harán de cómo ha podido lograr esto, nos contesta:

Cuanto más doy, más bendiciones recibo y más capacitado me siento para proceder con eficiencia. La felicidad llegó a mi vida por medio del servicio a Dios, a mi familia y a mis semejantes.

El Dr. Heap, el hermano Bean, y muchos otros como ellos, han descubierto el principio que se establece en Mateo.

"'Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierra, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna." (Mt. 19:29.)

Si estáis pensando en ir en una misión, hacedlo, ya que no sólo no tenéis nada que perder . . . sino mucho que recibir a cambio.

AUN LOS PAYASOS LLORAN

por Anya C. Bateman

Durante el primer día de mi último año en la escuela secundaria, comprobé con gran satisfacción que Alicia Príncipe estaba registrada en dos de las clases a las que yo asistía. La razón por la que digo que me sentí satisfecho es porque ninguna clase a la que asistiera ella podría ser una clase aburrida; siempre tenía algo entre manos y uno nunca sabía qué era. Alicia era el payaso de nuestro colegio, una verdadera comediante, que con el solo hecho de abrir la boca ya estaba haciendo reír a quienes estuvieran a su alrededor. Sin embargo, aunque todos sus compañeros la queríamos, para los maestros sus gracias eran más que todo motivo de disgusto. Con frecuencia se oía en los pasillos preguntar:

—¿Oíste lo que dijo Alicia esta mañana?

—¿Viste lo que hizo Alicia?

Nadie preguntaba a qué Alicia se estaban refiriendo, pues de sobra ya todos la conocían.

No estoy seguro del motivo por qué empezó a hacerme objeto de sus bromas; tal vez porque sabía que yo me ponía colorado muy fácilmente, cosa que ella continuamente mencionaba haciéndome sentir aún más avergonzado; o quizás fuera porque yo era demasiado serio. Cada vez que me veía, les decía a los demás en tono burlón: "aquí viene Enrique" e inmediatamente imitaba el gesto que yo hacía para ajustarme los lentes cuando estaba leyendo un libro. Probablemente lo hiciera porque se había enterado de que yo era mormón.

En una ocasión el profesor Huerta me pidió que pasara al frente y demostrara la solución de un problema. Así lo hice, y mientras ejecutaba una operación, sin pensarlo me puse la tiza en la boca. En ese mismo instante oí la voz inconfundible de Alicia.

—Enrique, ¿qué pensará la gente al ver a un mormón fumando?

Me saqué la tiza de la boca al tiempo que mis veinticinco compañeros hacían eco a su broma. Cuando regresé a mi asiento, la sorprendí al continuar con el chiste, pues simulé estar tosiendo. Eso le gustó.

En realidad las bromas de Alicia no me molestaban, pues yo nunca había sido el centro de tanta atención, y eso hacía la situación interesante. Además, cuando ella bromeaba, no lo hacía con el deseo de ser cruel o de hacerle mal a nadie; nunca se le oía hablar ni bromear sobre alguien que no estuviera presente; de manera que para mí recibir aquellas bromas era un cumplido. En vista de que durante la clase de álgebra nos sentábamos uno al lado del otro, poco a poco empezamos a hablar antes de que ésta se iniciara. Al principio siempre bromeaba sobre todo lo que yo le decía; pero con el tiempo empezó a cambiar, y pude ver que Alicia no era tan sólo un payaso, lo cual no todos sabían. Fue precisamente cuando ella y yo empezamos a ser buenos amigos que hice algo que estuvo a punto de arruinar nuestra amistad.

Cierto día, el profesor González hizo una prueba sobre vocabulario español. Todos estábamos sorprendidos, aun yo, que siempre adivinaba cuándo iba a hacerlo; sin embargo, este examen nos había tomado a todos de sorpresa. La noche anterior, por haber dedicado todo el tiempo a estudiar física, sólo le había echado un vistazo al vocabulario.

Después de hacer la prueba tuve la seguridad de que no la aprobaría, pues había dejado sin dar el significado correcto a unas catorce palabras; y para empeorar la situación, el maestro decidió que corregiríamos el examen en la clase; para ello juntó todas las pruebas y las repartió al azar. Yo sabía que quien corrigiera el mío iba a pensar que era un borrico.

Al día siguiente, después de haber anotado las notas en su libreta, el profesor nos entregó de vuelta los exámenes, y al darme el mío me dijo:

—Enrique, lo felicito, usted fue el único que tuvo todas las palabras correctas.

—¡No puede ser!

—Bueno, fíjese usted mismo.

—No, yo . . . —miré el examen.

Era el mío y en él estaba escrita la calificación 100. Tratando de controlarme, volví a mirarlo y comprobé que todos los espacios que yo había dejado en blanco, alguien los había llenado cuidadosamente. Alguien había hecho trampa por mí, pero no sabía por qué. Miré hacia todos lados del salón y vi que los alumnos que estaban junto a Alicia se estaban riendo. Fue entonces que me di cuenta de que ella, no sé cómo, había logrado apoderarse de mi examen y corregirlo; de broma había puesto en los espacios en blanco todas las palabras correctas. *Y ahora ¿qué puedo hacer yo?*, me

"Y ahora, ¿qué puedo hacer yo? . . . Alicia, ¿por qué tuviste que hacerlo?

pregunté; y con tristeza pensé: *Alicia, ¿por qué tuviste que hacerlo?* Miré nuevamente el papel. No podía aceptar esa nota; pero el maestro ya la había registrado en su libreta y además yo sabía que no podría acusar a mi compañera.

—¿No me dijiste que no te había ido bien en el examen?—me preguntó mi amigo Rafael mientras salíamos de la clase.

Yo todavía sostenía el papel en la mano, tratando de cubrir la nota.

—La broma de Alicia me ha puesto en un verdadero aprieto —le respondí.

Rafael empezó a reírse.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

—No sé. Mi único consejo que te puedo dar es que te olvides del asunto.

—Rafael, ya te dije que yo no había pasado el examen; por lo tanto, no puedo aceptar esta nota.

—Bueno, ve y cambia la nota cuando el profesor no se dé cuenta.

—¡Eso es imposible!

—Entonces, haz como te dije. Olvídate del asunto, pues si acusas a Alicia todos se van a enojar contigo.

—Pero todos saben que tú y yo somos mormones; en cierto modo, representamos a la Iglesia. Saben quiénes somos los Santos de los Ultimos Días. Y aunque a mí mismo no me importara ser deshonesto en el caso de que lo fuera, aun así no puedo hacer trampa, pues con ello perjudicaría a la Iglesia.

—El hecho de que todos te odien en el colegio no va a ayudar mucho a la Iglesia tampoco.

—Ya lo sé.

—Bueno, entonces olvida lo que sucedió.

—Quizás tengas razón.

Está bien, pensé, *Rafael tiene razón. No meteré a nadie en problemas y olvidaré lo sucedido.*

Sin embargo, para el final de la clase de álgebra todavía no había podido olvidar el incidente, y sabía que la única salida sería hablar con Alicia.

—Así que sacaste la mejor nota en el examen de español, ¿no? —me dijo ella con una sonrisa.

En sus ojos negros se podía captar la picardía. Alicia era una chica linda cuando no estaba haciendo muecas.

—Sí —le dije— para no haber estudiado, es algo sorprendente.

Ella se dio cuenta de mi estado de ánimo.

—Por ser alguien que sin siquiera haber estudiado ha sacado la mejor nota, no pareces muy feliz.

—No lo estoy —contesté. —Además, tú me has puesto en un gran aprieto. Lo he pensado muy bien y no puedo aceptar esa nota; ¿qué puedo hacer?

—¡Qué aburrido eres! Debería habérmelo imaginado. Bueno —dijo,

tratando de demostrar que la situación la tenía sin cuidado– ve y dile al profesor González; a mí no me importa.

–Pero, no quiero meterte en líos.

–Ya te dije que a mí no me importa. Haz lo que bien te parezca.

Me di cuenta de que en realidad, a ella *le importaba*. De todas maneras el haberle hablado no me ayudó a solucionar el problema. Fue durante la clase de álgebra, mientras resolvíamos un problema, que pensé que el profesor González no tendría forma de saber quién había corregido mi examen, a menos que yo mismo se lo dijera. Sólo le diría que alguien había escrito por mí las respuestas y que yo no había pasado la prueba; de seguro, él no me preguntaría quién había sido, pues se imaginaría que yo no tenía ni idea. Y si por casualidad pensara que había sido Alicia, de todos modos no podría probarlo. Si llegaba a preguntarme si yo sabía quién lo había hecho, le diría que no quería causar ningún problema. Así que después de la clase de álgebra, toqué a Alicia en el brazo, le sonreí y le dije:

–No te preocupes.

Al concluir la última clase, fui al departamento de español, hablé con el profesor González y le relaté lo que había sucedido. Pude notar que se había enojado; pero no me preguntó si yo sabía quién lo había hecho. Me quedé en silencio mientras él sacaba su libreta y tachando la nota que tenía, ponía una mala.

–Creo que debo estar mejor preparado para la próxima vez –dije tímidamente.

–Sería lo más sensato –me contestó.

Al haber hablado con el profesor, creí haber solucionado el problema; mas no fue así. A la mañana siguiente, por la forme en que él se dirigió a la clase, me di cuenta de que estaba muy enojado. Yo traté de aparentar calma.

–Alguien corrigió el examen de vocabulario de Enrique –dijo pausadamente.

–Quien lo hizo llenó los espacios que él había dejado en blanco y le dio una nota que no se merecía. Quiero saber ahora mismo quién es el responsable.

Su cara estaba pálida. Yo no me atreví a mirar a Alicia con el temor de descubrir así su culpabilidad.

–Me gustaría añadir algo más –dijo el profesor González.– Si quien lo hizo no se identifica, toda la clase será castigada. Todavía no sé qué castigo impondré, pero algo se me ocurrirá. Quiero saber ahora mismo quién lo hizo.

Yo bajé la cabeza y tristemente pensé: *¿Por qué tuvo que suceder esto?* El ambiente del salón de clase se hacía cada vez más tenso. Me parecía que el corazón me iba a estallar. Fue en ese momento que me puse de pie y dije:

–Yo no quería meter a nadie en líos.

–Cállese –me dijo el profesor muy seriamente–. Por última vez quisiera saber quién lo hizo.

–Ya le dije que no quería meter a nadie en líos –repetí con tanta firmeza que yo mismo quedé sorprendido; dejé al profesor con la boca abierta y mirándome como si no pudiera creerlo; pero antes de

que él pudiera reaccionar en mi contra, una voz que para mí era inconfundible dijo:

—Yo corregí el examen.

—¿Quién lo hizo? —volvió a preguntar el maestro, que por haber estado mirándome, no se había fijado de dónde procedía la voz.

—Yo fui —repitió Alicia, demostrando serenidad—. Fue sólo una broma.

El profesor González, a quien Alicia no inspiraba simpatía alguna, movió la cabeza como si con eso quisiera demostrar su indignación. En sus ojos se podía notar claramente el enojo.

—Debería habérmelo imaginado. Sí, debí haber pensado que había sido usted; pero ya estoy cansado de esta clase de bromas, y no estoy dispuesto a que continúen —El tono de su voz iba subiendo—; es una vergüenza que todavía haga esta clase de bromas estando en su último año de secundaria, y yo estoy cansado de esos chistes que demuestran su falta de madurez. El año próximo van a empezar una vida nueva, algo diferente, y todavía están actuando como niños. Alicia, quiero verla inmediatamente después de la clase. Tendré que hacer algo para remediar esta situación, pues estoy cansado de su actuación y no quiero que se vuelva a repetir, ¿me entiende?

—Sí, señor, entiendo.

El resto del día me sentí incómodo. *Debería haber escuchado a Rafael,* pensé. Era una cosa insignificante, un examen que no tenía mucha importancia. Era una tontería haber armado tanto lío, haber sido tan estricto. ¿Por qué no me había quedado con la boca cerrada?

"Sabes, eres uno de los pocos que no me ha tratado como si yo fuera simplemente un payaso. Es difícil hacer chistes siempre . . ."

Cuando en la clase de álgebra tuve que sentarme junto a Alicia, no sabía qué decirle, y ella tampoco quiso mirarme. Estaba cabizbaja y el pelo le cubría la cara.

—Alicia— le dije en voz baja— lo siento mucho. No pensé que el profesor se iba a enojar tanto; toda esta situación me hace sentir muy mal. ¿Qué te dijo después de la clase?

—Bueno, me dijo que mi actuación afectaría mi nota en conducta para todo el semestre; además estaba muy enojado.

—Tú sabes que yo no quería que esto sucediera.

—Lo sé —me contestó— no importa, no te preocupes.

Pero esta situación me preocupaba, pues la relación que antes había tenido con ella había cambiado; continuaba bromeando con otros, mas conmigo todo era diferente; a pesar de que todavía me hablaba, sus conversaciones siempre eran vagas. Al principio pensé que ese cambio se debía a que Alicia estaba enojada, pero luego me di cuenta de que quizás fuera porque se sentía incómo-

"Si tú crees que él vive, yo también puedo creerlo . . . Tú eres la persona más honrada que yo conozco" . . .

da y avergonzada. Me entristecía el hecho de que entre nosotros se hubiera levantado una barrera; pero esperaba que pronto, tal vez antes de que el año terminara, nuestra amistad volviera a ser como antes. Y así sucedió.

Antes de que concluyera el año escolar, Pedro, el hermano de Alicia, murió en un accidente automovilístico. Todos nos enteramos inmediatamente. Durante los próximos días su asiento en la clase de álgebra estuvo vacío, y yo sentía aún más compasión por ella. Tuve el deseo de escribirle una carta; mas no sabía qué podría decirle, pues pensaba que ella no querría saber nada de mí. Sin embargo, el lunes siguiente cuando me di cuenta de que todavía no había regresado, decidí enviarle una esquela. Después de las clases fui a la tienda cercana y compré una tarjeta de pésame, escribí algunas líneas y puse la tarjeta en el sobre, pero antes de sellarlo la saqué de nuevo y escribí algunas palabras que pensé le darían consuelo. Yo sabía que su hermano había sido para ella una persona muy especial, pues en algunas ocasiones me había hablado de él. Una vez me dijo:

—Pedro no es como yo; él no bromea tanto. Su sentido de humor es muy parecido al tuyo.

Siempre que ella hablaba de él, yo podía darme cuenta del orgullo con que lo hacía.

Esa tarde decidí enviar la tarjeta por correo, ya que lo único que podía hacer era decirle que lo sentía mucho y tratar de darle ánimo en alguna forma; aunque nuestra amistad hubiera cambiado, mis palabras quizás pudieran todavía ayudarle.

Alicia regresó al colegio el viernes y nuevamente se sentó junto a mí en la clase de álgebra.

—¿Cómo estás? —le pregunté tímidamente, mientras le tocaba el brazo para llamarle la atención. Se veía cansada y aun más delgada.

—Bueno, creo que estoy bien; y gracias por la carta.

Mientras ella me hablaba, algunos de sus amigos se acercaron a saludarla y ella empezó a hablar con ellos y dijo algo chistoso. Todos se rieron, lo cual me hizo sentir mejor, pues pensé que Alicia se estaba recobrando del golpe que había sufrido. Después que sus amigos se habían retirado, me miró nuevamente.

—¿Crees que podríamos hablar después de las clases?

—Por supuesto.

En seguida pensé qué sería lo que quería decirme.

—Te espero junto al roble.

—Está bien.

Al terminar las clases, allí estaba ella esperándome. Al principio ninguno de los dos dijo nada.

—¿Está bien si nos sentamos acá en el pasto por un momento?—me preguntó Alicia después.

—Sí, está bien.

No me dijo nada sino que bajó la cabeza, de manera que no podía verle la cara; mas pude ver una lágrima que le rodaba por la mejilla y caía en el césped. Yo le di mi pañuelo.

—Vámonos, no quiero que nadie me vea. No quería llorar.

Caminamos por unos momentos hasta que encontramos un lugar apropiado junto a las gradas del estadio. Cuando llegamos allí ella ya no estaba llorando, y tomándome de la mano me dijo:

—Sabes, eres uno de los pocos que no me ha tratado como si yo fuera simplemente un payaso. Es difícil hacer chistes siempre, pues es mucha la presión. —Empezó a reír. —Te sonará un poco extraño, ¿no es verdad?

—Creo que te entiendo muy bien— le dije.

—Por ejemplo, en estos momentos no tengo ningún deseo de ser chistosa; mas nadie sabe cómo reaccionar cuando no lo soy, así que pienso que siempre tengo que estar bromeando. —Su cara se contrajo como si fuera a llorar.

—Alicia, si deseas llorar, llora todo lo que quieras —le dije.

Fue entonces cuando ella se desahogó llorando. Le puse un brazo sobre los hombros al tiempo que me sentía un poco inútil al verla sollozar.

—Lo siento —le dije varias veces— lo siento mucho.

—Me siento como una tonta —me dijo.

—No, está bien. No tienes porqué sentirte así.

Por fin se controló.

—No voy a llorar más.

Tragó saliva varias veces y trató de sonreír.

—Te estarás preguntando por qué te pedí que vinieras —me dijo en son de burla. Pero inmediatamente sus facciones volvieron a obtener la misma seriedad anterior.

—Enrique, la razón por la que te pedí que vinieras es para hablarte de algo que tú me decías en la tarjeta, algo que he memorizado. Me decías, "yo tengo fe en que Pedro todavía vive". —En su cara se mostró la inquietud—. Necesito saber más sobre lo que tú sabes. —Mientras hablaba lo hacía como si estuviera implorando—. Mi familia nunca ha tenido ninguna inclinación religiosa, y es por eso que yo quiero saber dónde está mi hermano ahora.

Nuevamente parecía que iba a perder el control y se detuvo por un momento.

—Si tú crees que él vive, yo también puedo creerlo. —Trató de sonreír—. Tú eres la persona más honrada que yo conozco —nuevamente se detuvo como si quisiera dar énfasis a su afirmación— y yo sé que puedo confiar en ti, Enrique.

—Me alegro de que pienses así —le dije en un tono suave pero firme —porque lo que yo te dije es verdad.—Yo estaba emocionado—. Sí, me gustaría decirte más al respecto, Alicia.

En esos momentos sentí que las lágrimas llenaban mis ojos y me tocó a mí sentirme un poco tonto.

—¿Me podrías prestar mi pañuelo por un momento?—le dije, tratando de ocultar mis emociones—. Creo que voy a necesitarlo antes de que terminemos nuestra conversación.

Enseñadles a orar

por Presidente Wilford Woodruff

Ninguna madre en Israel debía de dejar pasar un día sin enseñar a sus hijos a orar. Debéis de orar vosotras mismas, y enseñar a vuestros hijos a hacer lo mismo, y criarlos de esta manera, para que cuando no estéis, y ellos ocupen vuestros lugares en la obra de Dios, que tengan impregnados en su mente aquellos principios que los sostendrán por todo el tiempo y la eternidad.

Conocimiento e inteligencia

por Presidente Joseph F. Smith

Hay una diferencia entre conocimiento e inteligencia pura. Satanás tiene conocimiento, mucho más de lo que tenemos nostros, pero no tiene inteligencia o de otra manera rendiría obediencia a los principios de verdad y justicia. Conozco a hombres que tienen conocimiento, que entienden bien los principios del evangelio tal vez mejor que nosotros, que son genios, pero a quienes les falta la calidad esencial de la inteligencia pura: no quieren aceptar ni rendir obediencia al evangelio. La inteligencia pura comprende no solamente conocimiento sino también el poder de usar de aquel conocimiento con juicio.

Oh, Padre

(poesía)

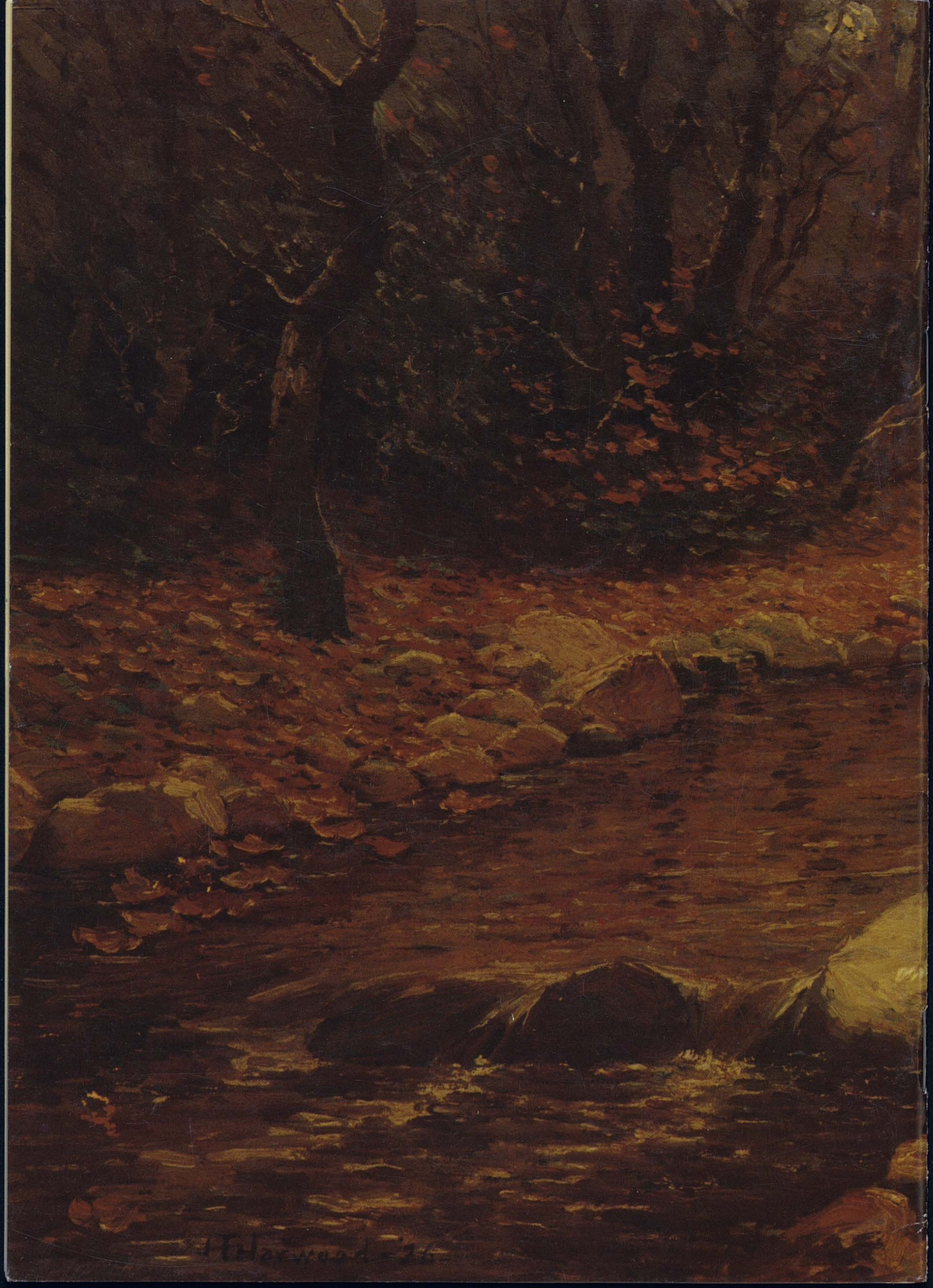
por Alicia Peláez Gary de México, D. F., México

Oh, Padre de los Cielos, poderoso y eterno
que me has dado la dicha de poderte encontrar,
no dejes que me aparte jamás de tu reino,
para poder seguirte hasta la eternidad.

Ya que me has permitido conocer tu camino
y gozar muchas veces de tu amor y bondad,
ayúdame a servirte, labrarme un buen destino,
ofrendarte amorosa mi vida hasta el final.

Déjame ser valiente, al vivir tu evangelio,
luchar con toda mi alma para vencer el mal,
para glorificarte y entregarte completos
mi amor, toda mi vida, oh Padre Celestial.

Y ahora que bendices con un templo a mi pueblo,
permíteme apoyarte en este hermoso plan,
aceptando la ofrenda humilde que te ofrezco,
aceptando el trabajo, aceptando mi afán.

Permite prepararnos en alma, mente y cuerpo,
para alcanzar ser dignos, en él poder entrar
a realizar contigo los sagrados convenios,
que en tu bendito reino nos dejarán estar.

Bendito y alabado seas, Señor de los Cielos,
bendito por amarnos y por podernos dar
un plan tan excelente que nos lleve a tu reino
para gozar contigo toda la eternidad.